La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 12 de diciembre de 1892 — Núm. 572

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el tercer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



LA PRUDENCIA, LA FORTALEZA Y LA JUSTICIA,
grupo colosal modelado por Juan Benk y destinado al ático del palacio imperial de Viena

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Lavigerie. – Su muerte. – Los dobles caracteres de su persona y de sus obras. – Africa. – Enorme influencia del Africa en la gente y en la historia nuestras. – Consagración del arzobispo á este continente. – El protectorado sobre Túnez y los Padres blancos del desierto. – San Agustín y Lavigerie. – Su iniciativa en la reconciliación entre los franceses y el Papa. – El Padre Jacinto en Madrid. – Su historia. – Sus ideas. – Conclusión.

¡Muerte santa la muerte del inmortal prelado Lavigerie! Una dulce agonía, sin estertores y sin aflicciones, acaba de convertir su paso desde nuestra vida mortal á otra vida mejor en verdadera transfiguración. Se ha dormido sobre su lecho episcopal con la solemnidad propia del sacerdocio, y se habrá despertado en el seno de Dios con la bienaventuranza merecida por los santos. Parece imposible que habiendo nacido en Vasconia, tan ibera y occidental de suyo, se hubiera esmaltado el genio de Lavigerie con tan extraña facilidad del toque metálico de las fantasías semíticas y del encendido carmín de los crepúsculos orientales. Y por tal modo se llegó á esmaltar que su obra histórica, su trabajo personal en la religión y en la política, se asemejará eternamente á esas iglesias mudéjares de nuestra patria, cuyas paredes juntan á las ventanas góticas y á los arcos bizantinos techos de alerce asiático cuajados de marfiles como las salas del Generalife, y alharacas multicolores como los patios de la grande aljama cordobesa, doradas celosías y marmóreos dentados ajimeces como la torre de Gomares en los edenes de Granada. Dos condiciones tenía de su familia vasca y de sus montes Pirineos el gran prelado: la independencia soberana de voluntad, proveniente de las cordilleras, donde truenan las cataratas por el estío y los aludes por el invierno, y la fuerza del genio militar, nativa en los tradicionales guerreros de quienes contrastaron así al emperador Augusto como al emperador Carlomagno. Cuando el inmortal pintor Bonnat, en lienzos dignos de Moro y de Velázquez, nos lo presenta sentado sobre su episcopal sede, á guisa de viejo patriarca bíblico; envuelto en los pliegues de su amplia sotana entre purpúrea y negra; el birrete cardenalicio en forma de turbante; sobre la blanca barba, que le toca en el estómago, aquel rostro imperiosísimo, animado por ojos resplandecientes de ideas que irradian por todas partes luz y calor, tomaríaislo por un verdadero santón semita, resuelto á ejercer el oficio de mahedí, en el cual después de haber orado por sí propio y bendecido á los demás, requiere la gumia cortante y enfila el rifle homicida en defensa del Dios de la verdad, Dios también de los ejércitos. En lo militar, en lo grandemente organizador, en lo arrestado á la pelea, en lo atrevidísimo de pensamiento, en lo audaz y en lo perseverante parécese mucho á otro genio superior, hijo de su Vasconia, parécese mucho á San Ignacio de Loyola. Y así como San Ignacio un día se propuso reconquistar él solo Jerusalén, se propuso Lavigerie otro día reconquistar él solo Africa. Todos estos hombres emprendedores desdeñan Europa, y dicen aquello que decían César y Napoleón en los mayores empeños y vértigos de sus combates: únicamente se puede trabajar en Asia. Y Lavigerie añadía: trabajemos en Africa. ¡Cuán mágico para nosotros, para los españoles, el nombre de Africa, cuán mágico! Yo nunca he comprendido por qué nos incomodamos cuando se dice que Africa comienza en los Pirineos. El grande hombre á quien se le ocurrió tal cosa, el famoso Alejandro Dumas, encantador de dos generaciones, nunca llegó á comprender la causa del horror sentido por nosotros á tal frase. Y lo hubiera comprendido menos de llegar á saber cómo un sumo escritor hispano añadía que comienza nuestra España aquí en el Pirineo y concluye allá en el Atlas. Dondequiera que volvemos los ojos encontramos recuerdos africanos, y dondequiera que vuelve á su vez los ojos Africa encuentra recuerdos españoles. La emoción, y vamos á un inventario, la emoción producida por las serenatas andaluzas, en que las guitarras plañen y las voces lloran tristezas y elegías del amor, de Africa proviene, como el tibio soplo que aroman los jazmines y azahares; la greca mudéjar, bordada por manos de las huríes en los alféizares de nuestros palacios y de nuestras iglesias, al Africa recuerda, como los aloes y los nopales extendidos por las costas de Denia y de Marbella; el toque semítico de nuestra lengua, sobrepuesto en el fondo latino, y que tanto se parece al reflejo de nuestras mayólicas, africano es; la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombeos no empecen á cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí también suena en labios de nabíes y profetas; la poesía exuberante, no sólo en Zorrilla, oriental de suyo, no sólo en Góngora, criado y nacido á la sombra de los palmares y bajo los aleros de las aljamas, en la epopeyas de Lucano, en las tragedias de Séneca, bien que clásicas, al Magreb huele como los romances moriscos, resonantes por las torres del Albaicín y por las escaleras del Generalife; y no quiero hablar de nuestra historia, porque Africa vocea el Batallador Alonso, al asomarse por las cumbres de nuestras montañas béticas; Africa dice la canción de Gesta donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestras reconquistas; Africa cantan los reyes peninsulares postrados de hinojos en los altos de las Navas al entonar el *Tedéum* de su triunfo; Africa Isabel la Católica en su testamento; Africa Cisneros en Orán; Africa Carlos V en Túnez; Africa el infante D. Enrique de Portugal que nos ha legado Ceuta; Africa el infante D. Fernando de Portugal que ha inspirado á Calderón el más hermoso de sus dramas; y en este sueño ideal se une toda la península desde Lisboa á Cádiz, desde Cádiz á Barcelona, desde Barcelona á Oporto, como se juntan todos sus hijos bajo el cielo azul y luminoso que nos esclarece y vivifica. Pues bien: Lavigerie, criado en la Vasconia francesa, que apenas de la Vasconia nuestra se distingue, aspiró allí este nombre diluído por las brisas españolas y al Africa consagró toda su existencia.

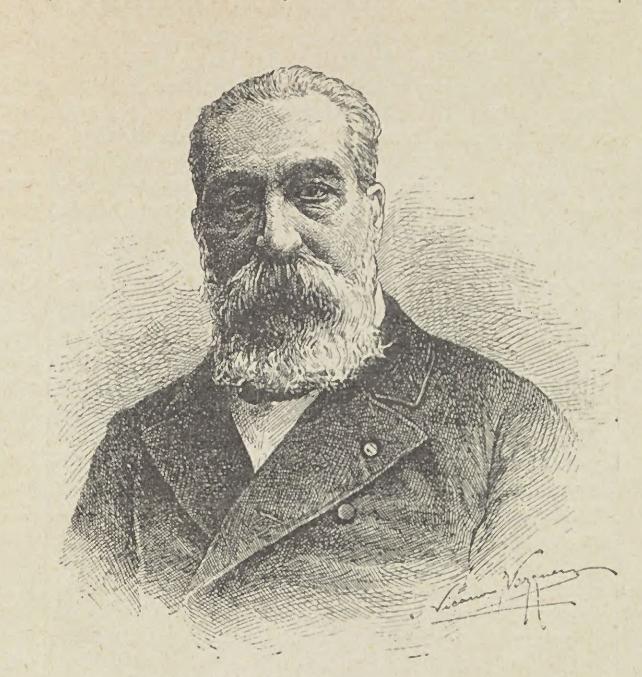
***

Nombrado arzobispo de Argel tras una brillante carrera eclesiástica, propúsose agrandar su diócesis con amplias conquistas y redimir esclavos desde las cimas luminosas en que resplandecía su Iglesia dentro del continente negro. Para la consecución de ambos objetos de su vida contribuyó Lavigerie cuanto le fué dado á la fundación del protectorado francés sobre Túnez y al reclutamiento de un ejército llamado con el nombre de los Padres blancos y muy parecido á los antiguos templarios. Cuando en los oasis, rodeado de arenales, plantaba, bien por la orilla de un arroyo, bien á la vera de un aljibe, su nómada tienda, bajo los sicomoros ó las palmeras, y cuando después de predicar veía y revistaba sus ejércitos de monjes, cualquiera lo hubiese creído extraño profeta, que surgía del suelo de las revelaciones, para sumar en ambiciosa y extravagante síntesis el Corán al Evangelio. Lo más admirable y lo más admirado en él por todos ha sido la ecuación de unas dotes diplomáticas, en que la simulación cartaginesa resaltaba mucho, con unas dotes guerreras, en que resaltaba mucho el vigor africano. Cual discípulo de Maquiavelo condujo toda la parte de conspiración que á él tocaba en los asuntos de Túnez, y cual soldado de Aníbal toda la parte conquistadora y guerrera de sus empresas militares africanas. Parecíase mucho, por la energía varonil, á su predecesor en las sedes cartaginesas, al obispo de Hipona, el célebre San Agustín. Este gran padre de la Iglesia representa la unidad interior del dogma que remata y concluye la obra de los cuatro primeros siglos cristianos. Su doctrina es la doctrina que pedía el espíritu de la Edad media, la doctrina que obligaba á la humanidad á bajar la cabeza en presencia de Dios, la doctrina que ahogaba el egoísmo de los bárbaros, la doctrina que domaba la salvaje individualidad germana, la doctrina que teñía con una celestial esperanza el caos donde peleaban á una las razas entre sí mismas y entre sí mismas las ideas. Como todos los atletas del pensamiento, San Agustín vive gozoso en medio de los combates y á plenos pulmones respira el aire de la tempestad. Dos grandes herejías se levantaban á una contra el dogma de la Iglesia en tan extraña sazón. El genio de Oriente y el genio de Occidente renegaban del cristianismo. El genio de Oriente, místico por experiencia, renegaba de la libertad y del hombre. Positivo y humano el genio de Occidente renegaba de Dios y de la Providencia. Maniqueísmo se llamaba la herejía oriental y pelagianismo la herejía occidental. Con ambas Agustín cerró y de ambas resultó triunfante. Su doctrina de la providencia y de la gracia se acomodaba mucho al carácter y al temperamento del Africa y al período aquel en el movimiento evolutivo y graduado de la idea cristiana. De aquí su parecido con el inmortal prelado de Hipona. Cosa más meritoria cuanto menos parece posible: acomodar las doctrinas y las ideas del dogma cristiano con toda su inflexibilidad á las variedades del espíritu y á los movimientos del tiempo. Y bajo tal norma procedía lo mismo en Africa que en Europa. Y así como acomodaba los cánones y los rituales eclesiásticos al carácter africano en sus relaciones con el continente donde su eminentísimo religioso poder episcopaba, también sabía en sus relaciones con el estado francés acomodarse á la democracia y á la libertad y á la República. No puede medirse, y como no puede medirse tampoco encarecerse la extrañeza y asombro de las gentes cuando Lavigerie mandó á las músicas de sus templarios, de sus ejércitos religiosos, tocar la Marsellesa en obsequio á los marinos del Estado que comían en su palacio de Argel. Aquella medida, tomada tras una reflexión grande, se resolvió adrede, indicando un cambio tan radical en la orientación del cuerpo eclesiástico, que ni los favorecidos ni los lastimados por ella le daban crédito y asenso, creyéndola hecho aislado de un arzobispo combatiente hasta degenerar en pendenciero y originalísimo hasta degenerar en extravagante. La salida de tono, como llamaban los reaccionarios al súbito arranque, considerado como una desafinación personal y arbitraria, resultó el preludio sonoro de actos y pensamientos concebidos en la sede altísima de San Pedro por un Papa singularmente grandioso para unir y reconciliar por siempre al espíritu republicano moderno con el eternal espíritu católico. Cuanto los grandes oradores sagrados de Francia, en las escuelas democráticas adscritos, concibieran por la elevación de sus corazones y de sus ánimos como un ideal querido, pero también fantaseado, acaba de encarnarse ahora en el pacto tácito que de un modo indeliberado firmaran la Sede Pontificia y la República francesa para oponerse á todas las reacciones y compenetrar el espíritu progresivo con el espíritu cristiano en síntesis maravillosa. Aun cuando no tuviera otro título á la consideración universal el ilustre prelado recién muerto que inaugurar esta grande obra, su nombre quedaría entre los primeros luminares de nuestro tiempo y entre los primeros ornamentos de nuestra historia.

***

Y puesto que hablamos de personajes y asuntos religiosos, no estará de más deciros como ha pasado por Madrid el célebre Padre Jacinto, de tanto y tan universal renombre por su elevada elocuencia y por su conversión desde los claustros de un convento á cierto catolicismo personal, desligado por completo de la Iglesia católica. He visto pocos hombres que tanto en su físico recuerden á Ernesto Renán. Más bien conformado, más robusto de complexión y naturaleza, con un rostro muy sano y unos ojos muy vivos, dorado de cierta jovialidad proveniente de su buena salud y de su clara inteligencia y de su cándido corazón, el Padre Jacinto, después de haberse desavenido del catolicismo y organizado una especie de predicación perdurable sugerida por su propia idea y conciencia, parece hoy un catedrático de seminario, consagrado al dogma y al culto, exactamente lo que parecía Renán después de haber escrito sus escandalizadores libros de religión y de historia. Yo, cuando estaba en el claustro todavía y predicaba en una iglesia de París á los fieles, vestido con sus hopalandas de carmelita, oí al Padre Jacinto. El año 67 corría y estaba la elocuencia suya en toda su plenitud y la vida en todo su florecimiento. Todavía re-

suena su voz de oro en mis oídos y está pintada en mi retina su figura de místico. Los hábitos blancos, destacándose desde un púlpito, al resplandor incierto de los cirios por una noche de Semana Santa, dan á los oradores el fantástico aspecto de marmóreas estatuas funerarias hablando. Como la oratoria tiene tanto de plástica y externa, la hermosa cabeza del Padre Jacinto atrás echada, los brazos envueltos en las mangas perdidas que se levantaban á los cielos, el pliegue de las manos puestas como las que los ángeles cruzan delante de la Custodia dábanle á los ojos de un hijo del siglo nuestro la forma y el aspecto de sobrenatural ser adscrito á otro mundo diverso del mundo que nosotros conocemos y habitamos. Hablaba de la Pasión, y en tema tan ortodoxo y eclesiástico desviábase por una efusión lírica y un racionalismo indeliberado é inconsciente de su Iglesia y de su credo. Yo dije á todos los diarios donde por aquella sazón escribía mis apreciaciones respecto de que trascendiera el óleo sacro de semejante carmelita elocuentísimo al aceite de laico nardo, en que todas las herejías se han untado antes de abrir sus dos alas y volar á los cielos novísimos. Cuando alguna vez le contara yo en posteriores tiempos al Padre la emoción sentida por mí aquella noche y el certero presentimiento, negaba en absoluto que hubiese dado margen alguno á tal sospecha, y sostenía la ortodoxia severa de su inteligencia y la conformidad absoluta de su ánimo con todo cuanto creen y confiesan el catolicismo y su Iglesia en aquel período. ¿Pero no rezaba con más fervor que nunca en su convento de Witemberg, y no se anonadaba con abnegación de sí mismo en las piedras del claustro y bajo las revelaciones del dogma Lutero la víspera misma de su trascendental herejía? Lo extraño en el prototipo singular del monje secularizado ahora y del creyente convertido de unas creencias universales á unas creencias personalísimas está en haber querido guardar dentro de su rebelión una ortodoxia superior á la del Papa y en haber tomado todas las apariencias del sacerdocio en la sociedad y en la vida. Muy afeitado, con la melena en guisa de canónigo catedral, ajustado el cuerpo á negro traje muy parecido de suyo á la sotana de los abates

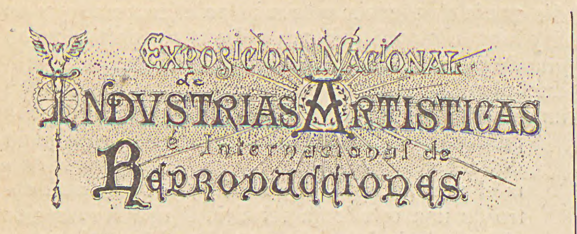


D. MANUEL DE BOFARULL, archivero jefe de la Corona de Aragón fallecido en 26 de noviembre de 1892

franceses é italianos, el Padre Jacinto ha soltado con mayor facilidad la fe viva de sus mayores que las costumbres y el traje. Cuando hace pocas semanas le preguntaban á Zola cuál preferiría entre los dones todos que pueden adornar un alma, y respondía que la elocuencia, mostraba prácticamente que no hay ningún otro influjo tan soberano y de poder tan grande sobre las almas. Imaginaos el efecto que produciría en la Iglesia el haber contado un día con tan luminoso verbo y perderlo al día siguiente. Nunca se lo perdonarán. Cuando Renán salió de San Sulpicio entraba el Padre Jacinto. Aquél salió para ir hasta el racionalismo, éste salió para quedarse dentro de una ortodoxia relativa. Huyó Renán por filósofo de la Iglesia, y por liberal huyó Jacinto. Pero mientras el uno llegó hasta el fin de su emancipación, el otro se quedó en una semi-fe, creyéndose á sí mismo mucho más religioso y mucho más católico que la Iglesia universal y el Pontífice supremo. En tiempos de Pío IX, escritores tan eximios como Doelinger, Montalabert y otros combatían el *Syllabus* y la infalibilidad, estando así más en su derecho al disentir en abierta disidencia del Pontificado. Desde que León XIII comenzara su reconciliación entre la Iglesia y la libertad, aquella razón antigua de ser en la doctrina del Padre Jacinto se ha encogido y ha menguado mucho. Sin embargo, no quiere dar su brazo á torcer. Hablándole yo de mi devoción á León XIII y á su obra, el ex carmelita me ha dicho que León XIII condenó á Rosmini, el primero entre los pensadores católicos de nuestra edad; resucitó el tomismo, bueno para la centuria décimatercia, pero inaplicable á la nuestra, y devolvió todos sus privilegios á los jesuítas. Habrá hecho cuanto haya querido, le respondo yo á mi elocuente interlocutor; nadie podrá negarme como ha ido aproximando á la democracia la Iglesia; con lo cual ha prestado un servicio tan grande que son inútiles disentimientos justificados en otras ocasiones, y así buscan hoy las razas latinas, sin advertirlo, el centro de sus almas en la religión de sus mayores, ungida por la tradición y por la historia.

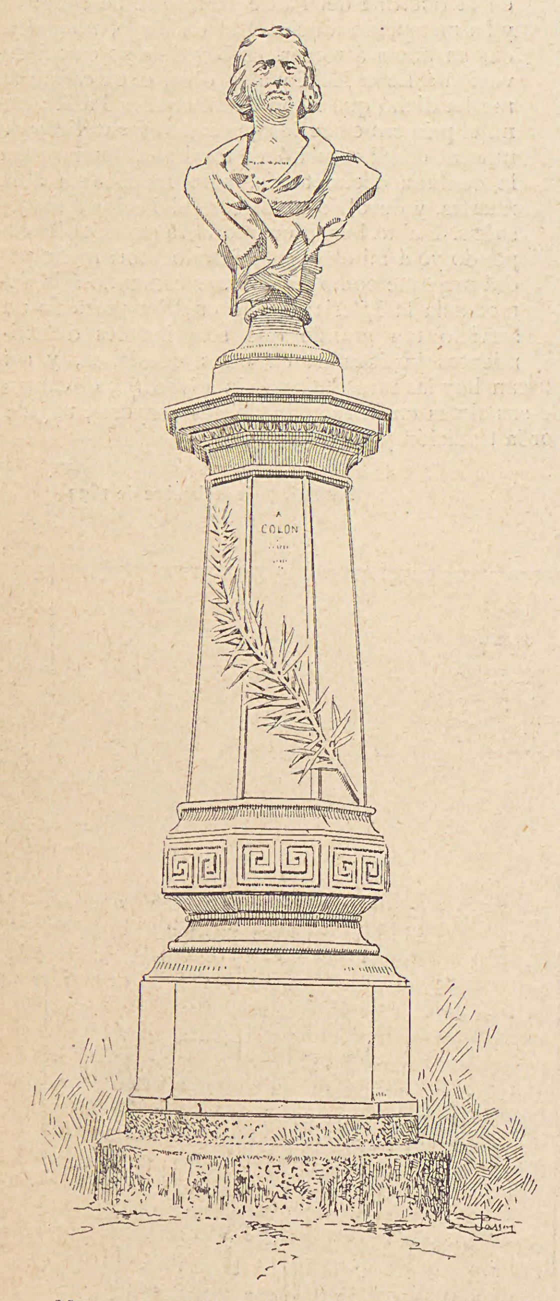
Madrid, 7 de diciembre de 1892

Bendición y colocación de la primera piedra del monumento que la prensa portorriqueña erige en honor de Cristóbal Colón en la plaza de Alfonso XII de San Juan de Puerto Rico
Ceremonia verificada en 12 de octubre último (de fotografía de D. Feliciano Alonso, remitida por D. Marcelino García)



I

Dudan algunos de los provechosos resultados que de sí puedan dar las Exposiciones, afirmando personas sensatas é ilustradas que ya pasó la época de ellas; que su repetición en nada influye en la cultura general, ni particularmente en el progreso de las determinadas manifestaciones de la inteligencia á que se dedican. Creen otros que su celebración debe distanciarse por plazos más ó menos considerables, mientras no falta quien en absoluto les niegue toda



Monumento erigido en Las Palmas (Gran Canaria) en honor de Cristóbal Colón (de fotografía remitida por los socios del «Club fotográfico de Las Palmas»)

utilidad y trascendencia. Signo característico de nuestros tiempos la variedad más confusa en materia de aspiraciones y de ideales, tienen todas esas opiniones sólo un valor relativo: suma de fuerzas disgregadas que poco supone ante la impulsión colectiva que realiza las manifestaciones del Arte y de la Ciencia, que todos contemplan y admiran, ora en Exposiciones universales, ora en tales ó cuales ramos especiales del saber.

Podrán las Exposiciones modificarse sensiblemente, como es indudable que se modifican, al obedecer á criterio más lógico y razonado, teniendo por objeto fines más claros y concretos, agrupando los múltiples productos de la actividad del hombre para encauzar el estudio de cada particularidad en beneficio de todos; pero cuando la ciencia reune y agrupa las observaciones, los hechos al parecer más insignificantes, no carecerá nunca de valor la reunión en un momento dado de cuanto el hombre produce, en un concepto cualquiera, para su conocimiento y estudio.

Que esto es cierto lo prueban las distintas naciones del mundo civilizado multiplicando los certámenes de todos géneros; hasta el punto de poderse decir que ellos demuestran el estado de su cultura en general. Pocos ó ninguno combaten las Exposiciones de Bellas Artes que periódicamente y con toda regularidad se celebran en todas partes, hasta en nuestra patria; nadie ignora que la regeneración artística en Inglaterra, y su consecuencia, el mejoramiento de muchos productos industriales en beneficio del progreso y de la riqueza nacional, fué la primera Exposición de 1851; como nadie ignora tampoco la influencia ejercida y que ejercen en Francia los *Salones* de París y las repetidas Exposiciones que de algunos años acá viene organizando la «Sociedad de las Artes Decorativas,» por no citar otros ejemplos.

No es de este lugar inquirir la mayor ó menor trascendencia inmediata de las Exposiciones de Bellas Artes. Sean ó no útiles ó necesarias, son inevitables: el grado de la cultura artística las produce; es una vitalidad que se manifiesta, lozana ó enclenque, poderosa ó raquítica, como en el bosque se alza robusto y pujante el roble centenario y crece débil y delicado el naciente arbolillo. Así, pues, vemos solemnizar todos los años la marcha progresiva de las Artes Bellas en todas las capitales de Europa y América con repetidas Exposiciones, y así también entre nosotros, en nuestra ciudad, después del certamen general y universal de 1888, se realizó el año pasado la primera Exposición Artística, organizada por nuestro Ayuntamiento para alternar con las que cada dos años verifica el Estado en Madrid.

Gobiernos, corporaciones populares y asociaciones particulares fomentan las manifestaciones artísticas, y sin embargo es común hasta en esas entidades y en la masa del vulgo considerar á las Bellas Artes y á los artistas punto menos que como inútiles en la sociedad, al propio tiempo que este vulgo visita las Exposiciones, contempla las obras y hasta se da el caso de que las adquiera, suprema demostración de su valer en nuestros tiempos positivistas. Sea por lo que fuere, acéptanse por la generalidad los certámenes de Arte; ya por hábito, ya por rendir tributo en apariencia á lo que no se siente ni comprende y por no aparecer incultos, los más acuden á ellos, é inteligente ó inconscientemente los aplauden.

Pero si muchos ven sólo en el arte música celestial, como vulgarmente se dice, al considerarlo sin ninguna aplicación positiva en las necesidades materiales de la vida, ninguno de éstos se sustrae á su influjo al aplicarlo á las múltiples industrias, cuyos productos á todos son indispensables según sus recursos. El salvaje y el sibarita que goza de todos los refinamientos de la civilización pagan igualmente al Arte su tributo, ignorando su trascendencia real y verdadera, desconociendo teorías y principios de estética.

En un centro mercantil é industrial como el de nuestra ciudad nada de extraño tiene que no sea grande el número de los estetas que vivan en continuos deliquios y arrobamientos artísticos; pero es inconcebible que escasee el de aquellos que comprendiendo que los productos creados por la industria se obtienen hoy, como en los tiempos medios y como en la antigüedad, por el mayor atractivo que el arte les presta, no trabajen en pro de sus intereses, tratando de fomentar la aplicación de un sello artístico á la labor que producen. Nuestra Escuela de Artes y Oficios puede decirse que no existe; nuestros Museos están en mantillas, y nuestra primera Exposición nacional de Industrias Artísticas no corresponde á la importancia y significación que, sin pecar de optimistas, podía y debía tener.

Merecido aplauso ganóse nuestra corporación municipal al dar vida á la iniciativa del Círculo Artístico estatuyendo que bajo sus auspicios celebraríanse alternativamente todos los años Exposiciones de Bellas Artes y de éstas aplicadas á la Industria. Verificóse la primera con feliz éxito, superando todas las esperanzas; hase abierto la segunda defraudando muchas que había justo motivo para creer fundadas.

El descubrimiento de América que allá siglos atrás fué causa poderosa de nuestra decadencia, ha sido en su cuarto centenario coincidencia funesta para el primer certamen de nuestras artes decorativas. El deseo de solemnizar el extraordinario hecho realizado por el atrevido navegante, influyó para que la fecha de su apertura se fijara en 24 de septiembre, coincidiendo así con las Exposiciones de Madrid y al propio tiempo con los festejos populares al consignarla como uno de los números del programa; parte de éste que, con ser la más seria y de utilidad, quedó en sus primeros días ofuscada por la agitación y bullicio de espectáculos más animados y llamativos.

El período de los trabajos preparatorios coincidió con la época del año menos propicia á la actividad del trabajo, y el período de su duración, con la menos apropiada para tales manifestaciones por las inclemencias del tiempo, precursoras del invierno, y po la escasa duración de la luz solar. Además, fuerza e decirlo, entidades individuales y corporativas qu de suyo debían ser poderosos estímulos, fuerzas potentes para contribuir al mejor éxito del actual concurso, en poco ó en nada han dejado sentir su influencia para el mejor resultado de una empresa ta íntimamente ligada, no ya con el prestigio y buen nombre de nuestra querida ciudad, sino con sus intereses reales y positivos.

Al modificar las bases para la celebración de Exposiciones y cambiar la fecha en que debía abrirse l presente con motivo del *bendito centenario*, se la perjudicó sensiblemente barajándola con los festejos y se aminoró su importancia inaugurándola al propi tiempo que las de Madrid, como se retraía de hech al público por las condiciones desapacibles propia de la estación: esto en resumen perjudicaba á la primera manifestación de nuestras artes aplicadas desd el punto de vista de espectáculo público, produciendo una diminución de ingresos en los fondos d Municipio; pero en buenas ó malas condiciones realizada la Exposición, lo más sensible, porque est perjudica á intereses mucho más elevados, morales materiales, es que ella no corresponda á lo que e justicia era de esperar.

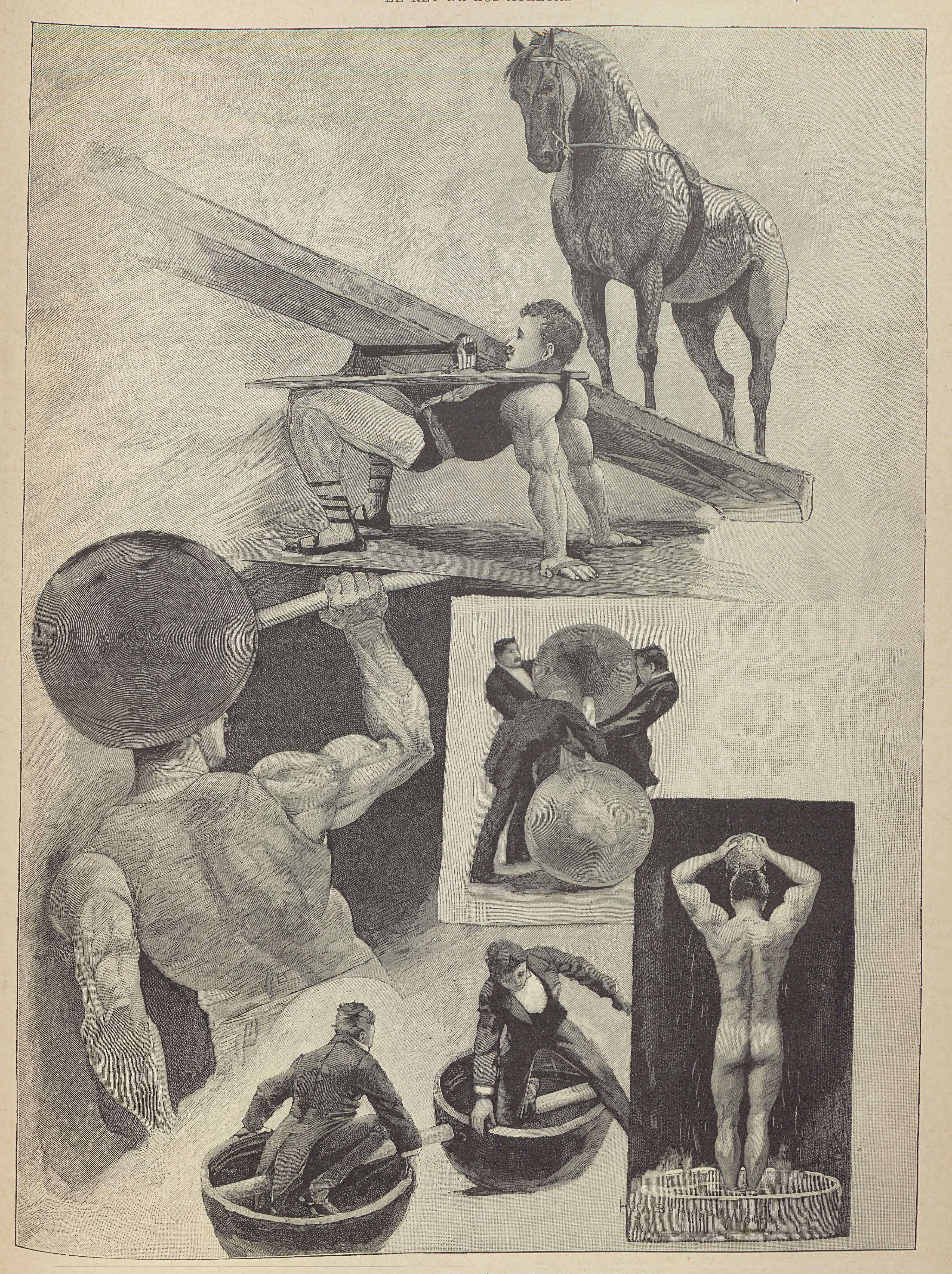
Que la actual Exposición es deficiente en mucho conceptos, salta á la vista del menos observador. Aquellos grupos que, dadas las condiciones especiales d nuestra producción, debían presentarse con mayo cohesión y brillantez, resultan principalmente los má pobres y desmedrados; otros no se presentan ó no r unen la importancia que debieran; otros en cambi producen verdadera sorpresa en el espectador al e poner obras equivalentes á una resurrección que su pone condiciones y aptitudes por luengos años no co nocidas. Por entre multitud de trabajos medianos adocenados surgen revelaciones que demuestran l existencia de artífices dotados de temperamento y d cualidades muy apreciables; y en general, si se nota l falta de obras que atestigüen la existencia de gra des factores industriales que del Arte necesitan pa sus productos, no escasean las individualidades qu en ellos colaboran bajo muchos conceptos.

Ha debido luchar la Comisión organizadora, si vencerla, con la peor de las dificultades: la indiferen cia de unos y otros. De provincias no ha sido mu numerosa la concurrencia; en algunas de ellas la pr mera autoridad civil ni siquiera llegó á constituir l junta de propaganda; en las más no han sido corres podidos los envíos á lo que bueno ó mediano se pro duce en diversos ramos del Arte decorativo. Barcelo na, como es natural, representa la mayor suma de ex positores, pero ni en valer ni en número expresan és tos la importancia que realmente en ella tienen la artes industriales. De muchos y muchos restos qu por tradición, por rutina si se quiere, subsisten d otras industrias florecientes en tiempos lejanos, n hay en el Palacio de Bellas Artes ninguna muestra alguno que otro objeto disperso significa solament por su aislamiento, ó la indiferencia con que se ha mi rado el primer paso emprendido en pro de nuestr arte propio, ó la carencia cuasi absoluta de sus pro ductos.

La cooperación del Gobierno se ha reducido á re comendar á sus delegados en provincias la constitu ción de comisiones ó juntas de propaganda y á nega la franquicia postal y telegráfica á la organizadora del certamen, y en éste ninguna obra figura que ten ga relación con alguna dependencia oficial, ni siquie ra una de esas panoplias que de armas de la real fá brica de Toledo se ven en algunos escaparates de nuestras quincallerías.

Sin embargo, á pesar de tantas contrariedades re unidas con que han debido luchar la actividad y los buenos propósitos de la comisión organizadora de nuestra primera Exposición artístico-industrial, ella se ha realizado, y tal como es servirá de provechosa enseñanza para muchos y de justa recompensa á otros.

Con injusto desdén y con precipitada ligereza ha sido por algunos juzgada. Téngase en cuenta que es el primer intento con carácter general que se realiza en beneficio de las aplicaciones artísticas á los productos industriales: la carencia absoluta de nociones que por lo común hay entre nosotros respecto á este punto y el breve espacio de tiempo transcurrido desde que el arte decorativo se manifiesta aquí con importancia verdadera, pero sin haber llegado todavía á formar como en otros países, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania y en Rusia, á pesar del eclecticismo y de las imitaciones propios de nuestros días, un conjunto peculiar y característico, algo que responda á la raza, al temperamento y á la sensibilidad de cada pueblo.



EJERCICIOS ATLÉTICOS DE SANDOW EN EL TROCADERO

Dos caballos columpiándose sobre el pecho de Sandow. – Sandow levantando las bolas con un hombre en cada una. – Tres dependientes sacando las bolas al circo. Las bolas abiertas. – Baño de agua fría después de los ejercicios

Atendiendo á esto, y que es de justicia atender, la actual Exposición es lo que debía ser, ni más ni menos. Se organizó y nació en medio de la más completa indiferencia oficial y particular; y en un país donde á voz en grito todos piden protección é iniciativa por parte de los poderes públicos en beneficio de los intereses morales y materiales, los directamente interesados en una manifestación cual la presente han permanecido retraídos y alejados de ella: la mayoría, se puede decir.

De manera que los propósitos en que se fundó el acuerdo de declarar nacional la Exposición, no se han realizado; la fe de vida que debían dar los elementos decorativos en nuestro país, no existe; la estadística, el recuento que debía resultar de las unidades que suman nuestro valor industrial y artístico, no resulta, y por consiguiente la importancia de nuestro Arte aplicado á embellecer los mil objetos que la vida moderna hace, como la de todos tiempos hizo, necesarios, no aparece.

Resultados mejores se hubiesen obtenido y enseñanza más provechosa á predominar el criterio, no ya de organizar un certamen internacional para favorecer la entrada de ciertos productos en perjuicio de los intereses nacionales, sino de facilitar la exposición de aquellos cuya vista y cuyo estudio hubieran sido para los artistas é industriales y aun para el público motivo, estímulo y ejemplo de beneficiosa instrucción, por más que hubiesen sido extranjeros. A costa de nuestro amor propio hubiéramos recibido una lección práctica y por lo tanto elocuente, y quizá la masa del público hubiera hallado á la vez espectáculo más atractivo que en la contemplación de lo que nuestra patria da de sí, en el maridaje del Arte y de la Industria.

Así y todo, importancia y sobrada tiene la primera Exposición nacional de Industrias artísticas é internacional de Reproducciones para que deje de hacerse, aunque sólo sea á grandes rasgos, un juicio y estudio de ella; que de no hacerlo, nos confundiríamos con la masa indiferente, y no puede quien, aunque escaso de inteligencia, se preocupa del porvenir del Arte y de sus aplicaciones industriales en nuestra patria con sobras de convicciones y de entusiasmo.

J. L. P.

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

(Conclusión)

–¿Quién eres?, volvió á decirle Anteo ahuecando más la voz. ¡Habla pronto, vagabundo, ó te enseño á contestar!

–Tienes poca cortesía, le respondió el viajero, y si no cambias de tono me pondrás en el caso de darte una lección de buena crianza con este palo. Me llamo Hércules, para servirte, y voy por aquí porque es el camino más corto para ir adonde quiero, que es el jardín de las Hespérides, en el cual he de recoger tres manzanas de oro para el rey Euristeo.

–¡Bribón! No irás más lejos de aquí, rugió Anteo poniéndose encendido de soberbia porque había oído hablar mucho del célebre aventurero y le tenía ojeriza á causa de su fama. Te aseguro, prosiguió, que no volverás tampoco al lugar de donde vienes.

–¿De veras?

–Sí, señor, y va usted á verlo muy pronto, le replicó Anteo haciendo un gesto de cólera que lo puso feísimo. Soy cincuenta veces más fuerte que tú, y mira, añadió dando un golpe en el suelo con el pie, ya lo soy infinitamente más. Pero... yo no mato enanos como tú; te perdono la vida; serás mi esclavo y servirás á los pigmeos. Entrégame las armas y también esa piel que me haré con ella unas albarcas, todo, en fin, y pronto.

–Ven á buscarlo, contestó Hércules enarbolando su arma favorita.

Entonces el gigante, poseído de ira y rechinando los dientes, fué hacia el viajero y descargó sobre él su pesada encina con terrible violencia. Hércules paró el golpe con la maza, y más hábil ó más feliz que su contrario, le asestó en la cabeza otro tan terrible que Anteo cayó cuan largo era en el suelo, quedándose sin sentido y los pobrecitos pigmeos muertos de miedo porque nunca pudieron imaginar que hubiera en el mundo persona capaz de medirse con su hermano. Mas no bien hubo sido reconfortado el gigante con el contacto de la tierra, cuando de nuevo entró en combate, acrecentadas las fuerzas y con una expresión tal de furor que ponía espanto. Dirige otro golpe á su enemigo; pero, ciego de rabia, no lo alcanza y va á dar sobre su inocente y buena madre, que se estremece con aquel choque tan inesperado y violento. Quedóse el arma de Anteo profundamente clavada en el suelo; y mientras hacía inútiles esfuerzos para arrancarla de allí, Hércules dejó caer su maza con la rapidez del rayo en medio de sus anchas espaldas; siendo tal el poder de su brazo, que el dolor arrancó al gigante un alarido espantoso que llenó el espacio y cuya vibración pasó, rasgando el aire, por los valles y los montes á perderse á muy largas distancias; y aun más allá de los desiertos africanos es fama que resonó sordamente mucho tiempo después como tempestad lejana. En las ciudades de los pigmeos no quedó un cristal entero, y en cuanto á ellos, ensordecieron muchos y murió gran número de mujeres y de niños.

Sin embargo, Anteo, que había logrado al fin sacar del suelo la estaca, fué de nuevo sobre su digno contendiente; mas con tan mala fortuna, que rompió en mil pedazos su encina contra la maza del héroe. El cual, entonces, sin dar tiempo al gigante para rehacerse, redobló el ataque, derribándolo segunda vez. La cólera de Anteo era tal, que más parecía locura, y con sus ademanes y gritos descompasados demostraba ya, no sólo querer dar fin del viajero, sino destruir el mundo para sepultarse con él en sus ruinas.

–¡Acércate, canalla, que voy á sacarte el corazón!, le dijo levantándose.

Hércules, como ya sabrán ustedes, había sostenido, cierta ocasión, á cuestas toda la máquina celeste; y aun cuando no le daba miedo del gigante, comenzaba á dudar del éxito de la batalla si seguían peleando á brazo partido y Anteo cayendo y levantando, porque así aumentaba su vigor y acabaría por aventajarle. No obstante, se desembarazó de las armas y esperó el asalto.

Cuando Anteo lo vió así, comenzó á dar saltos y brincos, esto es, á cobrar fuerzas que le permitieran luchar con ventaja; pero Hércules, que no tenía pelo de tonto y que sabía cuáles eran las intenciones de aquel grosero, monstruoso y brutal engendro de la naturaleza, discurrió un medio singularísimo de resistir y vencer en la demanda; y poniendo luego al punto en ejecución su pensamiento, asió al gigante por la cintura y lo levantó en alto, separándolo así de la tierra.

No es posible formarse idea de aquella escena. El coloso, antes tan bravo, tan esforzado y temible, ahora se agitaba en el espacio con los pies en el aire, retorciéndose convulsivamente y gritando como un desesperado. Hércules, por su parte, sin parar mientes en las amenazas ni en las sacudidas y contorsiones de Anteo, lo sostenía cada vez á mayor distancia de su madre con la misma facilidad que una niña maneja su muñeca. Y fué lo más extraño del caso que no bien Anteo dejó de hallarse en contacto con el suelo, comenzó á perder, una tras otra, todas sus cualidades, con tanta rapidez, que su enemigo lo advertía por instantes, siendo esto mismo parte á que las de éste aumentaran con la esperanza del triunfo; y como era la naturaleza del gigante de tal suerte que si permanecía cinco minutos no más sin comunicarse directamente con la tierra, no sólo la resistencia nerviosa de sus miembros, mas también el espíritu de vida, debían abandonarlo para siempre, descubierto ya su secreto por el vencedor de tantos monstruos, no podía esperar misericordia. Bueno será tomar nota del caso este para recordarlo si alguna vez nos hallamos en circunstancias parecidas; pues, como se ve, las criaturas por el estilo de Anteo, nacidas de la tierra, sólo son difíciles de vencer en su elemento, y fácilmente sucumben pudiendo transportarlas á regiones más elevadas y puras. Así le sucedió al pobre gigante, á quien, á pesar de sus bruscas maneras con los personajes distinguidos que iban á visitarlo y de su habitual grosería, compadezco sinceramente por el fin desastroso que tuvo.

Paralizadas las fuerzas de Anteo y extinguido su aliento, Hércules, que lo sostenía en alto con los pies hacia arriba, lo lanzó á media legua de distancia, cayendo el gigante como caen los cuerpos muertos. Su madre la Tierra ya no pudo hacer más por el hijo predilecto de sus entrañas, sino es recibirlo en sus brazos. No sería extraño que habiendo quedado Anteo insepulto, exista por esta causa todavía en aquel lugar un montón de huesos calcinados del sol africano, y que al descubrirlo algún intrépido viajero los crea pertenecientes á una familia de animales antediluvianos.

VIII

Pero ¿cómo expresar la desolación y los lamentos de aquellos desgraciados pigmeos al ver tratar de una manera tan cruel y bárbara á su gigantesco hermano? Ignoro si sus quejas llegaron á oídos del vencedor, porque no pareció entenderlas. ¡Quién sabe también si el rumor que producían no se le antojó de una bandada de pajarillos, asustados de la lucha que acababa de tener lugar! Además para que no creyera entonces que tales voces eran humanas, mediaba la circunstancia de que durante el combate no pudo atender á otra parte sino es á su enemigo, ignorando antes de trabarlo la existencia de una raza tan extraña. Hércules, pues, que había caminado mucho aquella mañana y luego combatido con el gigante la batalla que acaba de verse, cansado y rendido de fatiga, sólo se ocupó aquellos momentos en dar á su cuerpo el reposo necesario, y al efecto extendió en el suelo la piel de león y se acostó, quedando en seguida profundamente dormido...

Los pigmeos, que habían observado todos sus movimientos, apenas lo sintieron roncar se hicieron una seña de inteligencia. Sin ponerse de acuerdo, todos habían conspirado contra el extranjero. Era inminente una explosión terrible en aquel pueblo, herido por el invasor en sus fibras más delicadas: la sangre hervía en los corazones pigmeos desde mucho antes de sucumbir Anteo, el hermano querido, el amigo firme, el protector de la patria, el generoso aliado, con cuyo eficaz auxilio habían vencido en cien combates á las grullas. Sólo faltaba un jefe que dirigiera el movimiento. Entonces se oyó una voz que pedía la convocatoria de una asamblea general. Dada la gravedad de las circunstancias y la urgencia del caso, el remedio era eficaz. Se había salvado la patria. La nación acudió en masa al llamamiento, y en un barbecho vecino se celebró á seguida la reunión. Uno de los oradores más elocuentes del país, guerrero de mucha fama, si bien sólo era temible por la lengua, pidió la palabra, y desde un hongo, improvisado en tribuna, arengó á la multitud arrebatándola de entusiasmo. Después de hacer el elogio de Anteo y de recordar la obligación en que estaban con él, dijo estas palabras que nos ha transmitido la historia: «El tiempo apremia, señores, y esta consideración me pone en el caso de ser muy breve, concretando mi discurso á los puntos más esenciales. Además, hoy no es día de pronunciar discursos, sino de sentir y ejecutar. *(¡Bien! ¡Muy bien!)* Por eso os pregunto en nombre de la patria ultrajada, escarnecida, vilipendiada por un brutal extranjero, si consentiréis que salga de nuestro territorio impunemente para que pueda vanagloriarse después de habernos vencido en la persona de Anteo, siquiera sea valiéndose de medios reprobados y perversos. *(¡No! ¡No!)*

»Pues entonces, si tales son los propósitos de todos, ya no hay más que decir, sino es que unidos en la acción como lo estamos en el pensamiento y estrechamente abrazados á nuestra bandera sacrosanta, todos nos alcemos como un solo hombre y marchemos contra el enemigo común, contra el enemigo de nuestro generoso aliado, que lo es á la vez de nuestra libertad, de nuestro derecho, de la religión de nuestros padres y de las instituciones de la patria de nuestros hijos *(Aplausos estrepitosos)*; de esta patria, señores, tan querida, tan ilustre y tan grande, teatro de tantas glorias y cuna de tantos héroes. *(Estrepitosos aplausos.)*

»¡A las armas, pigmeos! Corramos, volemos al enemigo y exterminémoslo. Sólo así los restos de Anteo no serán monumento de infamia que nos afrente; sólo á este precio lo serán de nuestro dolor eterno y de nuestra venganza juntamente, porque verán las generaciones futuras que allí mismo, al lado de la víctima, hicimos justicia en el verdugo, dándole muerte; sólo por medio de actos semejantes alcanzan los pueblos en la historia renombre de magnánimos, esforzados y grandes. *(Grandes y prolongados aplausos.)*

»He aquí, señores, expresado sin ambages mi pensamiento. Voy á concluir. *(¡No! ¡No!)* Me siento muy fatigado, señores, y necesito descansar. Pero antes de sentarme debo deciros una cosa, y es ésta: la patria espera de vosotros una respuesta digna, terminante, categórica, cual conviene á un pueblo libre; una respuesta, en fin, formulada en tan breves y enérgicas palabras que acreciente, si es posible, en honra de nuestros hijos la herencia gloriosa que recibimos de nuestros padres, de aquellos invencibles guerreros que pasaron la vida en los campos de batalla, en perpetua lucha con los griegos (1), y que hoy se estremecen de entusiasmo en los sepulcros, donde yacen cubiertos del polvo de los siglos, al contemplar el hermoso, el sublime espectáculo que ofrecen al mundo sus dignos descendientes.» *(Grandes, estrepitosos y prolongados aplausos.)*

En efecto, un entusiamo irresistible se apoderó de todos los corazones, prorrumpiendo cuantos allí estaban en protestas del más ardiente patriotismo y de

(1) Como se ve, el orador emplea un recurso muy parlamentario, confundiendo las *grullas* con los *griegos*, que era otra casta de pájaros, á fin de reanimar el espíritu público. – N. del T.

sincera adhesión á las elocuentes frases del orador. El cual, después de inclinarse ligeramente, haciendo un ademán digno de Cicerón, impuso silencio á la multitud y prosiguió de esta manera:

«Réstanos solamente, señores, convenir en orden á un punto concreto, cual es saber si esta explosión del sentimiento nacional ha de manifestarse por medio de un levantamiento en masa ó diputando uno de nuestros generales de más prestigio y de más limpia historia militar para que desafíe al matador de Anteo en nombre de todos y se bata con él en campo abierto. *(Muestras de aprobación.)* Bien sé que hay entre vosotros muchos á quienes la fortuna dejó ilustrarse más que á mí; pero ya que estoy en el uso de la palabra y que es mi ejercicio la honrosa profesión de las armas, séame lícito el ofrecerme para cumplir este deber. *(Bien, muy bien.)* Y creedme, señores, ya sobreviva ó ya sucumba en la demanda, la honra de la patria y la gloria que nos han legado nuestros heroicos ascendientes siempre tendrán en mí un fiel mantenedor, y nunca, lo juro con la mano puesta sobre la cruz de mi espada, nunca, repito, aun cuando el brazo feroz que ha puesto término á la vida de Anteo me hiciera sufrir la misma suerte que á él, nunca seré traidor á la causa por la cual estoy dispuesto á verter hasta la última gota de mi sangre.»

Al pronunciar estas palabras sacó el pigmeo su espada, tamaña como la hoja de un cortaplumas, y arrojó la vaina sobre las cabezas de sus oyentes. Este ademán, su brillante improvisación y el heroísmo y la generosidad de que dió muestra en todo el discurso electrizaron á los pigmeos de tal suerte que por centésima vez volvieron á aplaudirle, ahora más que antes; y ocupados en obra tan agradable se hallarían aún si los ronquidos en *crescendo* del durmiente no les hubieran recordado la obligación en que estaban de hacer algo más positivo para la patria.

Abierta discusión sobre lo propuesto, y después de un amplio y luminoso debate, se acordó por último que, siendo una ofensa nacional la inferida por Hércules, y él, por lo tanto, enemigo público, si bien se consideraba suficiente un solo pigmeo para sacar incólume la honra de los pigmeos, todos los ciudadanos debían empuñar las armas. Y como á última hora surgiera una cuestión incidental sobre si exigía ó no el decoro del país enviar previamente á Hércules un heraldo con trompeta para notificarle la declaración de guerra, según uso y costumbre en casos tales, dos ó tres pigmeos venerables, de espíritu sagaz y muy versados en asuntos de política internacional, opinaron que pudiendo considerarse rotas las hostilidades desde el momento en que se había violado el territorio por el enemigo, el derecho y la justicia consentían atacarlo por sorpresa. Además añadieron que, una vez despierto y levantado Hércules, podía causarles pérdidas considerables antes de quedar vencido por las tropas. Estas y otras consideraciones de los notables vencieron los escrúpulos monjiles de aquellos ciudadanos, que determinaron al fin atacar al durmiente sin más preámbulos ni vacilaciones.



Las dos hermanas Josefa y Rosa unidas por las caderas, fenómeno que actualmente se exhibe en Viena (de una fotografía)

IX

Al efecto, cuantos hombres había de armas llevar en la nación pigmea se alistaron, poniéndose á seguida en marcha contra Hércules. Un cuerpo de veinte mil arqueros formaba la vanguardia con las flechas prevenidas. Otra división de igual fuerza tenía orden de subir al asalto, armada de lanzas y pertrechada de haces de heno seco, las lanzas para saltarle los ojos y los haces de heno para introducírselos bonitamente y sin que lo sintiera por boca y narices, prendiéndoles fuego después con objeto de asfixiarlo. Imposible fué á estos últimos ejecutar el movimiento proyectado porque, siendo muy violenta la respiración del enemigo, cada vez que los ingenieros se acercaban á las ventanillas de su nariz con las faginas, caían derribados del aire, resultando gran número de contusos. Se hizo necesario entonces cambiar de plan, cosa que contrarió por extremo á los generales, como es fácil comprender; pero, después de un largo consejo, se acordó quemar la cabeza de Hércules, poniendo bajo de ella y á su alrededor, hasta la altura



BUENOS BEBEDORES, cuadro de Gyula Stettka

Atendiendo á esto, y que es de justicia atender, la actual Exposición es lo que debía ser, ni más ni menos. Se organizó y nació en medio de la más completa indiferencia oficial y particular; y en un país donde á voz en grito todos piden protección é iniciativa por parte de los poderes públicos en beneficio de los intereses morales y materiales, los directamente interesados en una manifestación cual la presente han permanecido retraídos y alejados de ella: la mayoría, se puede decir.

De manera que los propósitos en que se fundó el acuerdo de declarar nacional la Exposición, no se han realizado; la fe de vida que debían dar los elementos decorativos en nuestro país, no existe; la estadística, el recuento que debía resultar de las unidades que suman nuestro valor industrial y artístico, no resulta, y por consiguiente la importancia de nuestro Arte aplicado á embellecer los mil objetos que la vida moderna hace, como la de todos tiempos hizo, necesarios, no aparece.

Resultados mejores se hubiesen obtenido y enseñanza más provechosa á predominar el criterio, no ya de organizar un certamen internacional para favorecer la entrada de ciertos productos en perjuicio de los intereses nacionales, sino de facilitar la exposición de aquellos cuya vista y cuyo estudio hubieran sido para los artistas é industriales y aun para el público motivo, estímulo y ejemplo de beneficiosa instrucción, por más que hubiesen sido extranjeros. A costa de nuestro amor propio hubiéramos recibido una lección práctica y por lo tanto elocuente, y quizá la masa del público hubiera hallado á la vez espectáculo más atractivo que en la contemplación de lo que nuestra patria da de sí, en el maridaje del Arte y de la Industria.

Así y todo, importancia y sobrada tiene la primera Exposición nacional de Industrias artísticas é internacional de Reproducciones para que deje de hacerse, aunque sólo sea á grandes rasgos, un juicio y estudio de ella; que de no hacerlo, nos confundiríamos con la masa indiferente, y no puede quien, aunque escaso de inteligencia, se preocupa del porvenir del Arte y de sus aplicaciones industriales en nuestra patria con sobras de convicciones y de entusiasmo.

J. L. P.

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

(Conclusión)

– ¿Quién eres?, volvió á decirle Anteo ahuecando más la voz. ¡Habla pronto, vagabundo, ó te enseño á contestar!

– Tienes poca cortesía, le respondió el viajero, y si no cambias de tono me pondrás en el caso de darte una lección de buena crianza con este palo. Me llamo Hércules, para servirte, y voy por aquí porque es el camino más corto para ir adonde quiero, que es el jardín de las Hespérides, en el cual he de recoger tres manzanas de oro para el rey Euristeo.

– ¡Bribón! No irás más lejos de aquí, rugió Anteo poniéndose encendido de soberbia porque había oído hablar mucho del célebre aventurero y le tenía ojeriza á causa de su fama. Te aseguro, prosiguió, que no volverás tampoco al lugar de donde vienes.

– ¿De veras?

– Sí, señor, y va usted á verlo muy pronto, le replicó Anteo haciendo un gesto de cólera que lo puso feísimo. Soy cincuenta veces más fuerte que tú, y mira, añadió dando un golpe en el suelo con el pie, ya lo soy infinitamente más. Pero... yo no mato enanos como tú; te perdono la vida; serás mi esclavo y servirás á los pigmeos. Entrégame las armas y también esa piel que me haré con ella unas albarcas, todo, en fin, y pronto.

– Ven á buscarlo, contestó Hércules enarbolando su arma favorita.

Entonces el gigante, poseído de ira y rechinando los dientes, fué hacia el viajero y descargó sobre él su pesada encina con terrible violencia. Hércules paró el golpe con la maza, y más hábil ó más feliz que su contrario, le asestó en la cabeza otro tan terrible que Anteo cayó cuan largo era en el suelo, quedándose sin sentido y los pobrecitos pigmeos muertos de miedo porque nunca pudieron imaginar que hubiera en el mundo persona capaz de medirse con su hermano. Mas no bien hubo sido reconfortado el gigante con el contacto de la tierra, cuando de nuevo entró en combate, acrecentadas las fuerzas y con una expresión tal de furor que ponía espanto. Dirige otro golpe á su enemigo; pero, ciego de rabia, no lo alcanza y va á dar sobre su inocente y buena madre, que se estremece con aquel choque tan inesperado y violento. Quedóse el arma de Anteo profundamente clavada en el suelo; y mientras hacía inútiles esfuerzos para arrancarla de allí, Hércules dejó caer su maza con la rapidez del rayo en medio de sus anchas espaldas; siendo tal el poder de su brazo, que el dolor arrancó al gigante un alarido espantoso que llenó el espacio y cuya vibración pasó, rasgando el aire, por los valles y los montes á perderse á muy largas distancias; y aun más allá de los desiertos africanos es fama que resonó sordamente mucho tiempo después como tempestad lejana. En las ciudades de los pigmeos no quedó un cristal entero, y en cuanto á ellos, ensordecieron muchos y murió gran número de mujeres y de niños.

Sin embargo, Anteo, que había logrado al fin sacar del suelo la estaca, fué de nuevo sobre su digno contendiente; mas con tan mala fortuna, que rompió en mil pedazos su encina contra la maza del héroe. El cual, entonces, sin dar tiempo al gigante para rehacerse, redobló el ataque, derribándolo segunda vez. La cólera de Anteo era tal, que más parecía locura, y con sus ademanes y gritos descompasados demostraba ya, no sólo querer dar fin del viajero, sino destruir el mundo para sepultarse con él en sus ruinas.

– ¡Acércate, canalla, que voy á sacarte el corazón!, le dijo levantándose.

Hércules, como ya sabrán ustedes, había sostenido, cierta ocasión, á cuestas toda la máquina celeste; y aun cuando no le daba miedo del gigante, comenzaba á dudar del éxito de la batalla si seguían peleando á brazo partido y Anteo cayendo y levantando, porque así aumentaba su vigor y acabaría por aventajarle. No obstante, se desembarazó de las armas y esperó el asalto.

Cuando Anteo lo vió así, comenzó á dar saltos y brincos, esto es, á cobrar fuerzas que le permitieran luchar con ventaja; pero Hércules, que no tenía pelo de tonto y que sabía cuáles eran las intenciones de aquel grosero, monstruoso y brutal engendro de la naturaleza, discurrió un medio singularísimo de resistir y vencer en la demanda; y poniendo luego al punto en ejecución su pensamiento, asió al gigante por la cintura y lo levantó en alto, separándolo así de la tierra.

No es posible formarse idea de aquella escena. El coloso, antes tan bravo, tan esforzado y temible, ahora se agitaba en el espacio con los pies en el aire, retorciéndose convulsivamente y gritando como un desesperado. Hércules, por su parte, sin parar mientes en las amenazas ni en las sacudidas y contorsiones de Anteo, lo sostenía cada vez á mayor distancia de su madre con la misma facilidad que una niña maneja su muñeca. Y fué lo más extraño del caso que no bien Anteo dejó de hallarse en contacto con el suelo, comenzó á perder, una tras otra, todas sus cualidades, con tanta rapidez, que su enemigo lo advertía por instantes, siendo esto mismo parte á que las de éste aumentaran con la esperanza del triunfo; y como era la naturaleza del gigante de tal suerte que si permanecía cinco minutos no más sin comunicarse directamente con la tierra, no sólo la resistencia nerviosa de sus miembros, mas también el espíritu de vida, debían abandonarlo para siempre, descubierto ya su secreto por el vencedor de tantos monstruos, no podía esperar misericordia. Bueno será tomar nota del caso este para recordarlo si alguna vez nos hallamos en circunstancias parecidas; pues, como se ve, las criaturas por el estilo de Anteo, nacidas de la tierra, sólo son difíciles de vencer en su elemento, y fácilmente sucumben pudiendo transportarlas á regiones más elevadas y puras. Así le sucedió al pobre gigante, á quien, á pesar de sus bruscas maneras con los personajes distinguidos que iban á visitarlo y de su habitual grosería, compadezco sinceramente por el fin desastroso que tuvo.

Paralizadas las fuerzas de Anteo y extinguido su aliento, Hércules, que lo sostenía en alto con los pies hacia arriba, lo lanzó á media legua de distancia, cayendo el gigante como caen los cuerpos muertos. Su madre la Tierra ya no pudo hacer más por el hijo predilecto de sus entrañas, sino es recibirlo en sus brazos. No sería extraño que habiendo quedado Anteo insepulto, exista por esta causa todavía en aquel lugar un montón de huesos calcinados del sol africano, y que al descubrirlo algún intrépido viajero los crea pertenecientes á una familia de animales antediluvianos.

VIII

Pero ¿cómo expresar la desolación y los lamentos de aquellos desgraciados pigmeos al ver tratar de una manera tan cruel y bárbara á su gigantesco hermano? Ignoro si sus quejas llegaron á oídos del vencedor, porque no pareció entenderlas. ¡Quién sabe también si el rumor que producían no se le antojó de una bandada de pajarillos, asustados de la lucha que acababa de tener lugar! Además para que no creyera entonces que tales voces eran humanas, mediaba la circunstancia de que durante el combate no pudo atender á otra parte sino es á su enemigo, ignorando antes de trabarlo la existencia de una raza tan extraña. Hércules, pues, que había caminado mucho aquella mañana y luego combatido con el gigante la batalla que acaba de verse, cansado y rendido de fatiga, sólo se ocupó aquellos momentos en dar á su cuerpo el reposo necesario, y al efecto extendió en el suelo la piel de león y se acostó, quedando en seguida profundamente dormido...

Los pigmeos, que habían observado todos sus movimientos, apenas lo sintieron roncar se hicieron una seña de inteligencia. Sin ponerse de acuerdo, todos habían conspirado contra el extranjero. Era inminente una explosión terrible en aquel pueblo, herido por el invasor en sus fibras más delicadas: la sangre hervía en los corazones pigmeos desde mucho antes de sucumbir Anteo, el hermano querido, el amigo firme, el protector de la patria, el generoso aliado, con cuyo eficaz auxilio habían vencido en cien combates á las grullas. Sólo faltaba un jefe que dirigiera el movimiento. Entonces se oyó una voz que pedía la convocatoria de una asamblea general. Dada la gravedad de las circunstancias y la urgencia del caso, el remedio era eficaz. Se había salvado la patria. La nación acudió en masa al llamamiento, y en un barbecho vecino se celebró á seguida la reunión. Uno de los oradores más elocuentes del país, guerrero de mucha fama, si bien sólo era temible por la lengua, pidió la palabra, y desde un hongo, improvisado en tribuna, arengó á la multitud arrebatándola de entusiasmo. Después de hacer el elogio de Anteo y de recordar la obligación en que estaban con él, dijo estas palabras que nos ha transmitido la historia: «El tiempo apremia, señores, y esta consideración me pone en el caso de ser muy breve, concretando mi discurso á los puntos más esenciales. Además, hoy no es día de pronunciar discursos, sino de sentir y ejecutar. *(¡Bien! ¡Muy bien!)* Por eso os pregunto en nombre de la patria ultrajada, escarnecida, vilipendiada por un brutal extranjero, si consentiréis que salga de nuestro territorio impunemente para que pueda vanagloriarse después de habernos vencido en la persona de Anteo, siquiera sea valiéndose de medios reprobados y perversos. *(¡No! ¡No!)*

»Pues entonces, si tales son los propósitos de todos, ya no hay más que decir, sino es que unidos en la acción como lo estamos en el pensamiento y estrechamente abrazados á nuestra bandera sacrosanta, todos nos alcemos como un solo hombre y marchemos contra el enemigo común, contra el enemigo de nuestro generoso aliado, que lo es á la vez de nuestra libertad, de nuestro derecho, de la religión de nuestros padres y de las instituciones de la patria de nuestros hijos *(Aplausos estrepitosos)*; de esta patria, señores, tan querida, tan ilustre y tan grande, teatro de tantas glorias y cuna de tantos héroes. *(Estrepitosos aplausos.)*

»¡A las armas, pigmeos! Corramos, volemos al enemigo y exterminémoslo. Sólo así los restos de Anteo no serán monumento de infamia que nos afrente; sólo á este precio lo serán de nuestro dolor eterno y de nuestra venganza juntamente, porque verán las generaciones futuras que allí mismo, al lado de la víctima, hicimos justicia en el verdugo, dándole muerte; sólo por medio de actos semejantes alcanzan los pueblos en la historia renombre de magnánimos, esforzados y grandes. *(Grandes y prolongados aplausos.)*

»He aquí, señores, expresado sin ambages mi pensamiento. Voy á concluir. *(¡No! ¡No!)* Me siento muy fatigado, señores, y necesito descansar. Pero antes de sentarme debo deciros una cosa, y es esta: la patria espera de vosotros una respuesta digna, terminante, categórica, cual conviene á un pueblo libre; una respuesta, en fin, formulada en tan breves y enérgicas palabras que acreciente, si es posible, en honra de nuestros hijos la herencia gloriosa que recibimos de nuestros padres, de aquellos invencibles guerreros que pasaron la vida en los campos de batalla, en perpetua lucha con los griegos (1), y que hoy se estremecen de entusiasmo en los sepulcros, donde yacen cubiertos del polvo de los siglos, al contemplar el hermoso, el sublime espectáculo que ofrecen al mundo sus dignos descendientes.» *(Grandes, estrepitosos y prolongados aplausos.)*

En efecto, un entusiamo irresistible se apoderó de todos los corazones, prorrumpiendo cuantos allí estaban en protestas del más ardiente patriotismo y de

(1) Como se ve, el orador emplea un recurso muy parlamentario, confundiendo las *grullas* con los *griegos*, que era otra casta de pájaros, á fin de reanimar el espíritu público. – N. del T.

sincera adhesión á las elocuentes frases del orador. El cual, después de inclinarse ligeramente, haciendo un ademán digno de Cicerón, impuso silencio á la multitud y prosiguió de esta manera:

«Réstanos solamente, señores, convenir en orden á un punto concreto, cual es saber si esta explosión del sentimiento nacional ha de manifestarse por medio de un levantamiento en masa ó diputando uno de nuestros generales de más prestigio y de más limpia historia militar para que desafíe al matador de Anteo en nombre de todos y se bata con él en campo abierto. *(Muestras de aprobación.)* Bien sé que hay entre vosotros muchos á quienes la fortuna dejó ilustrarse más que á mí; pero ya que estoy en el uso de la palabra y que es mi ejercicio la honrosa profesión de las armas, séame lícito el ofrecerme para cumplir este deber. *(Bien, muy bien.)* Y creedme, señores, ya sobreviva ó ya sucumba en la demanda, la honra de la patria y la gloria que nos han legado nuestros heroicos ascendientes siempre tendrán en mí un fiel mantenedor, y nunca, lo juro con la mano puesta sobre la cruz de mi espada, nunca, repito, aun cuando el brazo feroz que ha puesto término á la vida de Anteo me hiciera sufrir la misma suerte que á él, nunca seré traidor á la causa por la cual estoy dispuesto á verter hasta la última gota de mi sangre.»

Al pronunciar estas palabras sacó el pigmeo su espada, tamaña como la hoja de un cortaplumas, y arrojó la vaina sobre las cabezas de sus oyentes. Este ademán, su brillante improvisación y el heroísmo y la generosidad de que dió muestra en todo el discurso electrizaron á los pigmeos de tal suerte que por centésima vez volvieron á aplaudirle, ahora más que antes; y ocupados en obra tan agradable se hallarían aún si los ronquidos en *crescendo* del durmiente no les hubieran recordado la obligación en que estaban de hacer algo más positivo para la patria.

Abierta discusión sobre lo propuesto, y después de un amplio y luminoso debate, se acordó por último que, siendo una ofensa nacional la inferida por Hércules, y él, por lo tanto, enemigo público, si bien se consideraba suficiente un solo pigmeo para sacar incólume la honra de los pigmeos, todos los ciudadanos debían empuñar las armas. Y como á última hora surgiera una cuestión incidental sobre si exigía ó no el decoro del país enviar previamente á Hércules un heraldo con trompeta para notificarle la declaración de guerra, según uso y costumbre en casos tales, dos ó tres pigmeos venerables, de espíritu sagaz y muy versados en asuntos de política internacional, opinaron que pudiendo considerarse rotas las hostilidades desde el momento en que se había violado el territorio por el enemigo, el derecho y la justicia consentían atacarlo por sorpresa. Además añadieron que, una vez despierto y levantado Hércules, podía causarles pérdidas considerables antes de quedar vencido por las tropas. Estas y otras consideraciones de los notables vencieron los escrúpulos monjiles de aquellos ciudadanos, que determinaron al fin atacar al durmiente sin más preámbulos ni vacilaciones.



Las dos hermanas Josefa y Rosa unidas por las caderas, fenómeno que actualmente se exhibe en Viena (de una fotografía)

IX

Al efecto, cuantos hombres había de armas llevar en la nación pigmea se alistaron, poniéndose á seguida en marcha contra Hércules. Un cuerpo de veinte mil arqueros formaba la vanguardia con las flechas prevenidas. Otra división de igual fuerza tenía orden de subir al asalto, armada de lanzas y pertrechada de haces de heno seco, las lanzas para saltarle los ojos y los haces de heno para introducírselos bonitamente y sin que lo sintiera por boca y narices, prendiéndoles fuego después con objeto de asfixiarlo. Imposible fué á estos últimos ejecutar el movimiento proyectado porque, siendo muy violenta la respiración del enemigo, cada vez que los ingenieros se acercaban á las ventanillas de su nariz con las faginas, caían derribados del aire, resultando gran número de contusos. Se hizo necesario entonces cambiar de plan, cosa que contrarió por extremo á los generales, como es fácil comprender; pero, después de un largo consejo, se acordó quemar la cabeza de Hércules, poniendo bajo de ella y á su alrededor, hasta la altura



BUENOS BEBEDORES, cuadro de Gyula Stettka



COLOQUIO AMOROSO, cuadro de G. Muzzioli

EL CARDENAL, cuadro de D. José Villegas

conveniente, una cantidad considerable de materias combustibles.

Cincuenta mil hombres, dirigidos por oficiales conocedores del terreno, pusieron manos á la obra y lograron en pocos instantes reunir las hojas y ramitas secas necesarias para hacer una como almohada donde parecía descansar la inmensa cabeza del héroe, que proseguía durmiendo, esta vez á dos dedos de la muerte más horrible que puede imaginarse. Por entonces habían ocupado ya los arqueros posiciones ventajosas, y tenían orden de disparar sobre él apenas se moviera. Así las cosas, pusieron fuego á la hojarasca por varios puntos á un tiempo, y poco después se vió envuelto en torbellinos de humo y llamas la mitad superior del cuerpo enemigo. Aquel incendio era más que suficiente para quemar vivo á Hércules; que un pigmeo, aun siendo tan diminuto, es tan capaz de incendiar el mundo como el mayor gigante. Después de todo, el nuevo plan de campaña era el más eficaz y expeditivo para obtener el triunfo rápidamente, siempre que el enemigo continuase inmóvil en medio de la conflagración universal.

Mas no fué así, porque apenas hubo sentido Hércules el calor del fuego, se levantó sobresaltado, sacudiéndose con presteza el pelo y la barba que le ardían.

– ¿Qué es esto?, exclamó medio dormido aún y mirando á todas partes, porque creía sin duda habérselas con algún gigante.

En aquel momento le dispararon los veinte mil arqueros una nube de flechas que fué á dar en su rostro como bandada de mosquitos. Hércules no hizo alto en ello porque su piel era dura por extremo, lo cual no parecerá extraño si se advierte que los héroes por regla general tienen cara de vaqueta.

– ¡Infame!, le gritaron á coro los pigmeos. ¡Matador del gigante Anteo, nuestro poderoso amigo y aliado, te declaramos la guerra á sangre y fuego, y vas á morir aquí mismo! ¡Defiéndete, miserable!

El vencedor de Anteo, ó matador suyo, al decir de sus vengadores, después de apagar el incendio de su cabellera, se había quedado un tanto pensativo sin alcanzar á explicarse aquel suceso, y ya se inclinaba á suponerlo hechura de algún enemigo invisible, cuando llegó á sus oídos el concierto de vocecitas que hacían los pigmeos. Miró en torno suyo, y no sin dificultad divisó á sus pies una multitud innumerable de figuritas que se movían en todas direcciones. Se inclinó, alargó el brazo, tomó cuidadosamente con dos dedos una de ellas, la puso en la palma de la mano izquierda, y no sin cierta admiración se la acercó á los ojos para examinarla mejor. En efecto, era un hombre lo que veía, y casualmente el mismo que acababa de pronunciar en la asamblea, subido en un hongo, aquel discurso tan bello y tan patriótico y en el cual se ofreció á sus conciudadanos para desafiar á Hércules.

– Pero, chico, exclamó el héroe, ¿quién eres?

– Tu enemigo, le contestó el esforzado pigmeo con todo el poder de su voz aguda y chillona. Has muerto al gran Anteo, nuestro hermano materno y aliado constante, generoso y fiel de nuestra patria, y por eso todos hemos jurado tu muerte. Heme aquí, pues, que te desafío para entrar conmigo en batalla sin más tardanza y con armas iguales.

Hizo á Hércules tanta gracia la bizarría de aquel paladín de nuevo cuño y se echó á reir tan descompasadamente, que á poco más lo deja caer desde la inconmensurable altura de su mano.

– Bajo palabra de honor, se dijo Hércules, que no tenía idea de semejante cosa. He visto verdaderas maravillas y portentos extraordinarios: hidras con nueve cabezas, perros con tres, corzos con cuernos de oro, gigantes con volcanes en el pecho, hombres con seis pies, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!; pero nada es comparable á este prodigio, porque es un hombre perfecto del tamaño de un cigarro de papel. Dime, prosiguió dirigiéndose al pigmeo, ¿cómo será tu alma siendo tú tan chico?

– ¡Como la tuya siendo tú tan grande!, le replicó el tribuno.

En la intrepidez que demostraba el pigmeo, á juzgar por sus respuestas, no pudo Hércules menos de reconocer que un vínculo de fraternidad los unía el uno al otro, como un héroe á otro héroe. Y entonces, dirigiéndose á la nación entera le habló de esta suerte, después de saludarla cortésmente: «Amigos míos: por todo el oro del mundo no sería capaz de causar el menor daño á seres tan nobles y tan bravos como sois vosotros. Vuestros corazones se me antojan tan grandes que no alcanzo á explicarme cómo pueden contenerse en vuestros cuerpos. Quiero vivir en paz con vosotros para siempre, y os la pido. Saldré de vuestro territorio luego al punto, si así lo queréis, y saldré despacio y mirando dónde pongo los pies para no causaros daño alguno. Adiós, pues.» Dijo y se marchó riendo. Hércules se confesaba vencido.

X

Pretenden algunos historiadores que se llevó en un doblez de su capa á todos los pigmeos para que jugaran con ellos á los soldados los hijos del rey Euristeo, mas no es exacto, que allí los dejó en su tierra, donde continúan sus descendientes habitando, construyendo sus casas, labrando sus huertos, criando sus hijos, dando batallas á las grullas, despachando sus negocios y leyendo sus historias de los tiempos pasados. Es probable que en esas historias se halle consignado de una manera indubitable, entre otros hechos de autenticidad parecida, que los esforzados pigmeos vengaron, siglos atrás, la muerte del gigante Anteo, su amigo, derrotando al poderoso Hércules y poniéndolo en fuga vergonzosa, lo cual no tiene nada de particular.

¡Así se escribe la historia!

TRADUCCIÓN DE JUDERÍAS BÉNDER

NUESTROS GRABADOS

La Prudencia la Fortaleza y la Justicia, grupo colosal de Juan Benk. El burgo imperial de Viena, magnífico edificio cuyos planos trazaron J. B. Fischer de Erlach (1656-1723) y su hijo José Manuel (1695-1742) está siendo objeto de grandes reformas en su ornamentación exterior. El grupo que reproducimos y que ha de ir colocado en el ático de la puerta principal, á una altura de 30 metros, da idea de la magnificencia desplegada en estas obras: tiene cinco metros de elevación y está esculpido en asperón procedente de las canteras de Zogelsdorf de Krems, junto al Danubio; su autor se ha ceñido al carácter un tanto barroco del edificio.

D. Manuel de Bofarull y de Sartorio. – El día 26 de noviembre último falleció en esta ciudad D. Manuel de Bofarull y de Sartorio, que desempeñaba la jefatura del importantísimo archivo de la Corona de Aragón y el elevado cargo de inspector del Cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios. Las ciencias históricas españolas han perdido una de las más distinguidas y laboriosas personalidades, y los que á su cultivo se dedican un bondadoso mentor. Era el Sr. Bofarull el decano de los historiadores catalanes, el individuo más antiguo del Cuerpo á que pertenecía, el archivero sin par – conforme dice atinadamente uno de sus biógrafos – cuya justa fama de erudito y amable han difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado centenares de libros, periódicos y revistas.

Al lado de su sapientísimo padre y maestro, D. Próspero, á quien la antigua Corona de Aragón debe la formación y conservación de su notabilísimo archivo, aprendió la base de los conocimientos que atesoraba y el respetuoso cariño que le inspiraban los millares de documentos guardados en el archivo.

Difícil sería enumerar los señaladísimos servicios prestados por el Sr. Bofarull á las ciencias históricas, al Estado, á Cataluña y á todos aquellos que por la índole especial de sus estudios ó de sus trabajos debían acudir á la inagotable fuente representada por el archivo; bastará consignar que impuesto de la alteza de su misión consideraba el cargo que desempeñaba como un verdadero sacerdocio, ofreciendo, sin violencia, á los demás el fruto de sus investigaciones.

Nombrado en 1859 director de la *Colección de documentos inéditos del archivo de la Corona de Aragón*, se han publicado bajo su dirección 23 volúmenes, que comprenden el *Levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de D. Juan II:* los procesos formados al rey D. Jaime III de Mallorca, á Bernardo de Cabrera, al conde de Urgel y á los nobles de la Unión Aragonesa en 1301: Guerras entre Aragón y Castilla y Navarra: Rentas de la antigua Corona de Aragón: Gremios y cofradías y opúsculos inéditos del cronista Pedro Miguel Carbonell.

Bendición y colocación de la primera piedra del monumento que á Colón se erige en San Juan de Puerto Rico. – Uno de los festejos celebrados en San Juan de Puerto Rico para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América ha sido la ceremonia que representa nuestro grabado y que se verificó el día 12 de octubre último, al pasar la procesión cívica por delante de la plaza de Alfonso XII, sitio en que se ha de elevar el monumento á Colón que ha ideado y llevará á cabo la prensa portorriqueña. La fotografía de donde el grabado ha sido sacado es de D. Feliciano Alonso, fotógrafo de la Real Casa de San Juan de Puerto Rico, y remitida por D. Marcelino García, de aquella ciudad.

Monumento erigido en Las Palmas en honor de Colón. – Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, y en honor del ilustre marino, se ha erigido en aquella culta población de la Gran Canaria el sencillo y elegante monumento que reproducimos. Esculpido en mármol de Carrara, ostenta en las caras del pedestal que sostiene artístico busto, además de la dedicatoria «A Colón,» las fechas 1492, 1493 y 1502, que recuerdan otros tantos pasos del intrépido navegante por aquella ciudad y otras tantas estancias de sus carabelas en el entonces solitario puerto de Las Isletas. El grabado que publicamos es reproducción de una fotografía que nos han remitido los socios del Club fotográfico de Las Palmas.

Ejercicios atléticos de Sandow en el Trocadero. – No creemos necesario explicar en qué consisten los ejercicios de este nuevo Hércules, pues claramente representa nuestro grabado lo que es capaz de hacer quien, como Sandow, levanta fácilmente con una mano dos bolas huecas de hierro unidas por una barra del mismo metal, en cada una de las cuales va metido un hombre, formando en junto un peso de 250 libras. Sandow cuenta veintiséis años, nació en Koenigsberg y sirvió en el ejército alemán: en lo que alcanza su memoria, recuerda haber tenido desde que era niño una fuerza extraordinaria, fuerza que ha ido desenvolviendo por medio de la gimnasia. Su pecho mide cincuenta y dos pulgadas, y su musculatura es verdaderamente hermosa; á pesar de ello, Sandow se diferencia de otros atletas de profesión en que su porte y su cara son los de un joven elegante de la alta sociedad.

Las dos hermanas Rosa y Josefa. – En Viena está llamando la atención, no sólo de los profanos sino de los hombres de ciencia, el curioso fenómeno que reproducimos. Rosa y Josefa nacieron en Bohemia en 1875 y fueron alquiladas por sus padres al empresario francés Forbé, que después de presentarlas al público de París, en el teatro de la Gaité, recorre actualmente con ellas las principales ciudades de Europa. Las dos hermanas son de baja estatura, sus rostros se parecen mucho, sus bustos se juntan en una pelvis común de la que arrancan cuatro piernas, y tienen un desarrollo tan normal que parece mentira que puedan pertenecer á un fenómeno de esta especie, y sus columnas vertebrales forman una sola al llegar al coxis.

Buenos bebedores, cuadro de Gyula Stettka. – Mírese como se quiera, analícese desde cualquier punto de vista, habrá que convenir en que el cuadro de Stettka es una obra maestra: si buscamos en él el elemento psicológico, el que da vida á las figuras, no podremos menos de admirar el talento del pintor que tanta expresión ha sabido comunicar á los personajes de su obra, así en el que, alegrado por los vapores de la cerveza, canta una canción, á no dudarlo, picaresca, como en sus dos compañeros que, más serenos, se ríen á su costa y le jalean para que siga divirtiéndoles; y si á los detalles de ejecución atendemos, fuerza será confesar que ni los más insignificantes ha descuidado el autor de *Buenos bebedores*.

Coloquio amoroso, cuadro de G. Muzzioli. – Es Muzzioli uno de los pintores italianos contemporáneos más fecundos y que mayor celebridad han alcanzado: cultiva los más variados géneros y en todos produce obras notables. Al reproducir hoy su *Coloquio amoroso*, en que están admirablemente representados los tipos, la escena y la decoración que constituyen un episodio de costumbres romanas, no creemos necesario repetir lo que tantas veces hemos dicho al ocuparnos de otros cuadros del mismo autor y cuyas bellezas han podido apreciar en distintas ocasiones los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El cardenal, cuadro de D. José Villegas. Si nuestro ilustre compatriota no poseyera en alto grado, como posee, todas las cualidades que en un pintor de valía se requieren, diríamos que lo que más cautiva en sus cuadros es la maestría especialísima con que en ellos están agrupadas las figuras. Aquellos de nuestros suscriptores que lo son desde hace algunos años recordarán el lienzo de Villegas *Domingo de Ramos en Venecia*, que publicamos entero en el núm. 307 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y del cual reprodujimos en el 387 un fragmento: entonces hicimos notar, entre otras muchas bellezas, la cualidad mencionada, y *El cardenal*, que hoy publicamos, confirma nuestro aserto. Ya hemos dicho que con ser ésta una de las más salientes, no es ni con mucho la única cualidad del célebre pintor español: que domina el dibujo lo acredita, fijándonos solamente en el cuadro de este número, cada una de las figuras que lo constituyen; que le merecen especial atención los detalles lo demuestran las caras de aquéllas, las ropas que los personajes del cuadro visten y los accesorios que completan la escena, y que sabe dar con la nota justa de color se comprende hasta en el grabado por la armonía de los tonos de luz y de sombra bien combinados y con raro acierto distribuídos.

El Excmo. Sr. D. Carlos Ezeta, presidente de la República de El Salvador. – Nació D. Carlos Ezeta en la capital de aquel Estado en 4 de noviembre de 1854, de padres descendientes de nobles familias oriundas de España; hizo sus primeros estudios en la ciudad de Santa Ana, revelando ya en su infancia excepcionales disposiciones y decidida vocación por la carrera de las armas. Entró en 1868 en el colegio militar de la capital, y terminados en 1872 con gran aprovechamiento sus cursos académicos, militó á las órdenes del general Espinoza en la guerra que su patria sostuvo contra la República de Honduras, durante la cual hizo prodigios de valor y fué herido gravemente en la batalla de Santa Bárbara. En la segunda campaña de aquella guerra estuvo en el memorable sitio de Comayagua, en el que se conquistó la admiración de los suyos y de sus propios enemigos.

Hecha la paz, las luchas intestinas de su país, en las que se puso al lado del pueblo y enfrente de los tiranos, le llevaron al destierro. Hallándose en 1885 en Guatemala tomó parte como segundo del presidente de este Estado, el general Barrios, en la famosa guerra de la Unión. A poco invadía con el general Menéndez á El Salvador, y derribado el gobierno de Zaldívar, fué proclamado Menéndez presidente, y Ezeta, que rehusó el ministerio de la Guerra, nombrado Inspector general del ejército y Gobernador y comandante general del departamento de Santa Ana: la ciudad de este nombre reportó de este mando inmensos y duraderos beneficios materiales y morales. Al sublevarse contra Menéndez el general Rivas, D. Carlos Ezeta fué nombrado generalísimo del ejército destinado á combatir á los rebeldes, cargo que aceptó sólo por espíritu de disciplina, pues en el fondo comprendía los desaciertos del gobierno, y en el que dominó la rebelión en solos ocho días. Su conducta en la lucha y su generosidad en la victoria hiciéronle el ídolo del pueblo y del ejército, así es que cuando el general Menéndez, próximo á finir el tiempo de su presidencia, pretendió imponer á la nación como sucesor á un favorito suyo antipático á los salvadoreños y quiso apoyar su pretensión con actos de fuerza, el pueblo en masa se levantó proclamando al general Ezeta presidente interino. En vano Guatemala y Honduras combatieron su elección con las armas; en la lucha encarnizada que entonces estalló, salió vencedor D. Carlos Ezeta, habiendo en ella obtenido muchos lauros su hermano el general D. Antonio, quien tras sangrientos combates derrotó también á los traidores salvadoreños que aprovechándose de las azarosas circunstancias encendieron corta pero terrible guerra civil en El Salvador.

Vencidos los enemigos en el exterior y en el interior, firmóse la paz entre El Salvador, Guatemala y Honduras, y convocada la nación á elecciones, el pueblo entero le aclamó presidente constitucional de la República, habiendo tomado posesión de su cargo en 1.° de mayo de este año.

Hoy El Salvador, bajo el gobierno del general Ezeta, es una República floreciente.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. — ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONCLUSIÓN)

El barón no le preguntó ni quiso saber nada; pero aquel día fué sumamente triste para todos los habitantes de la quinta. En dos días habían faltado de ella dos personas dejando un gran vacío; al barón no le había parecido nunca el lago de Como tan melancólico, ni á Sofía tan triste su jardín, y para que el triste aislamiento en que padre é hija quedaban fuese mayor, Alberto dijo que saldría dos días después para su ciudad natal.

—¿Te parece que nos vayamos también nosotros?, preguntó el barón á su hija deseando distraerla de tantas y tan desagradables emociones. He resuelto volver á ver mi patria.

Una sonrisa de júbilo brilló en el rostro de Sofía, la cual contestó:

—¡Cuánto me gustaría!

Hacía ya mucho tiempo que deseaba ver el país en que había nacido y orar ante la tumba de su madre.

—Pues marcharemos todos juntos, dijo el barón. Y se retiró á su cuarto.

Aun cuando tenía á su lado á su hija, no podía soportar el vacío que sentía en torno suyo, y sin embargo, debía confesar que en los últimos tiempos la institutriz se había ocupado exclusivamente de Laura y de él poco ó nada, porque Sofía atendía á todo lo que necesitaba. Comprendía que era una debilidad y que si Elvira había sido víctima de su marido, él y Sofía casi lo eran poco á poco de Elvira. Había adquirido ésta cierto predominio en la casa, se había impuesto á todos, y Laura llegó á eclipsar á Sofía hasta el punto que Alberto se enamoró de la primera y dejó como arrinconada á la segunda; á pesar de todo lo cual, estaba tan acostumbrado á ver á Elvira sentada á su mesa ó en su habitual sillón del gabinete con la labor en la mano, á oir de vez en cuando aquella voz melodiosa, que estaba desasosegado, y tenía que confesarse que la había amado siempre y seguía amándola, por más que su afecto hubiese sido siempre mudo y respetuoso. En esta situación hallábase el barón de Sterne en continua y tenaz lucha entre los gratos recuerdos de un tiempo no remoto, en que todo le convidaba á gozar con envidiable tranquilidad, y las tristezas del presente ocasionadas por irremediables desgracias que preocupaban su ánimo hasta el punto de no tener un momento de sosiego.

—¡Vaya, vaya, soy un loco!, decía. Ocurrírseme semejantes cosas á mi edad... es una debilidad; lo comprendo y lo lamento: me habría contentado con verla siempre aquí, mientras que ahora... ¡pobrecilla! ¡cuánto habrá padecido!.. ¡Ea! No hay que pensar más en ello... Es mejor partir, ir lejos de estos sitios, olvidar... ¡Qué hermoso es olvidar! Pero ¿y mi obra? ¡Bah! Ya no tengo ganas de proseguirla; se me ha hecho enojosa; no se me ocurre nada y se me confunden las ideas...

También parecía á veces demente; por fortuna las disposiciones que debía tomar para el viaje le distrajeron bastante, y aquellos días se habló con preferencia de la patria que iban á ver después de tanto tiempo, aunque á esta conversación se unía el sentimiento de alejarse del bellísimo lago donde habían vivido tantos años. De todos modos, siempre que se trata de visitar el país que nos vió nacer, parece que se agrandan nuestros deseos y aumenta la delicia de nuestras emociones á medida que es mayor el tiempo que de él hemos estado ausentes.

Al disponer todo lo necesario para verificar el viaje de regreso á su patria, el barón se entregaba por completo al recuerdo de escenas y personas de época lejana que se reflejaban en su mente cual si fuesen de actualidad. Después fijaba su pensamiento en la tranquila y larga residencia que había endulzado su vida durante los últimos años, y de este modo hacía que la conversación recayese nuevamente sobre las ventajas que ofrecía la vida en su quinta del lago de Como.

—Volveremos, dijeron en el momento de embarcarse en el vapor.

Y cuando perdieron de vista la quinta con las persianas cerradas, se les oprimió el corazón como si no la hubiesen de volver á ver.

La loca tuvo otro ataque de furor...

XXI

Ha pasado un año desde que el barón de Sterne y su hija se marcharon de la quinta.

Aunque en su patria tenían muchos amigos, al principio no quisieron ver á nadie porque estaban demasiado tristes y apetecían la soledad; pero continuaron recibiendo á Alberto que, unido á Sofía por un dolor común, se sentía cada vez más atraído á ella por su bondad y dulzura, y estaba tentado á satisfacer la última voluntad de Laura y pedirla por esposa, pero temía hacerla desgraciada por su mala suerte.

En cambio el padre de Alberto estaba tan prendado de la hija de su amigo, que la colmaba continuamente de elogios.

—¡Oh! Si fuese yo más joven, decía á su hijo, no dejaría escapar ese ángel.

—Sí, me gusta; pero tengo tan mala suerte en todo, que temo hacerla desgraciada.

—Eso son preocupaciones insensatas, le replicaba su padre, y además aquí no sucede lo que en Italia: aquí al menos si se es desgraciada siempre queda remedio, porque tenemos el divorcio, y el matrimonio no es un vínculo indisoluble.

Por fin Alberto se dejó convencer y solicitó el consentimiento de Sofía para casarse con ella, pero con la condición de divorciarse tan luego como se creyese desgraciada con él.

La joven consintió sonriendo al oir tan extraña idea, persuadida de que sería tan feliz que no habría necesidad de recurrir al divorcio. El conocimiento perfecto que Sofía había adquirido acerca de la bondad de carácter de Alberto y las bellas prendas morales que en su continuo trato había éste manifestado no le permitían dudar de que sería completamente dichosa á su lado.

La boda se celebró muy en breve, sin grandes preparativos; los jóvenes se amaban y esto bastaba, y ahora los volvemos á encontrar yendo de viaje hacia Italia.

– Este viaje es más bien una peregrinación, decía Sofía; pero no habría vivido satisfecha sin ver otra vez los sitios donde he pasado mi juventud y averiguar qué ha sido de las personas que tanto intervinieron en mi existencia.

Luego, dirigiéndose á su esposo, añadió con voz cariñosa:

– Perdóname si te hago emprender un viaje que nos ha de recordar cosas tristes.

– Tú mandas, y lo que hagas estará bien hecho, contestóle Alberto.

Sofía le dió las gracias con una mirada que iba derecha al corazón.

Ante todo fué á buscar en un pequeño cementerio de aldea una tumba, la de Laura, donde sobre una cruz se leían estas sencillas palabras: *Fallecida á la edad de diez y siete años;* y cubrió aquella cruz de flores.

– ¡Pobrecita!, exclamó con los ojos llenos de lágrimas. ¡Le gustaban tanto las flores!

Luego fué á ver su quinta desierta; estuvo en el jardín, en el kiosco, en su cuarto, en su saloncito; pero cuando lo vió todo descuidado, polvoriento, se apesadumbró en extremo.

El barón, que no quería volver á Italia y que se encontraba bien rodeado de tantos recuerdos de su juventud, había puesto en venta la quinta. Siempre que Sofía leía el anuncio en los periódicos, se ponía triste, no podía acostumbrarse á la idea de ver su querida casita en manos ajenas; y aquel día había deseado despedirse de ella.

– ¡Quién sabe si la volveré á ver!, dijo al marcharse; me parece triste, abandonada, pero la quiero porque me recuerda tantas cosas...

Luego fué al manicomio de Mombello para adquirir noticias de la pobre loca.

Supo que, pasada la agitación de los primeros días, estaba siempre muy tranquila; se la permitía andar por donde se le antojaba y pasaba horas enteras con la familia del director, que se interesaba mucho por ella.

Por entonces se había celebrado la vista de la causa por la falsa declaración de la muerte del marido, y el abogado defensor ni siquiera tuvo que alegar en defensa de la culpada su estado de locura; los magistrados la absolvieron por unanimidad.

Por lo demás, se había formado en su imaginación un mundo exclusivamente suyo y estaba contenta y sosegada.

Sofía quiso verla; Elvira la acogió sonriendo y la llamó hija. Luego le dijo que estaba muy satisfecha, que se había divorciado de su primer marido y casádose con el barón.

– Por fin puedo morir tranquila, añadió; he visto cumplidos todos mis deseos; no he vuelto á saber nada de aquel perdido, me he casado con Federico, que es bueno como un ángel; lástima que siempre esté encerrado en su despacho ocupado en su obra filosófica y no pueda hacerme compañía; pero también me ocupo yo de ella, y ahora que ya estás casada y no necesito cuidarme de ti, escribo mi historia. Ahora estoy muy tranquila, jamás me he encontrado tan bien; vivo aquí, en mi quinta... ¡Mirad qué paraíso!

Y conducía á los esposos al jardín del manicomio, ni más ni menos que si hiciese los honores de su propia quinta.

– Sólo me disgusta que vengáis tan de tarde en tarde; pero ya es sabido que cuando las muchachas se casan no se acuerdan de sus padres.

Y seguía hablando alegremente y viviendo en un mundo creado por su fantasía, pero que habría podido ser real y efectivo.

El director les dijo que estaba efectivamente escribiendo todo el día una especie de autobiografía, repitiendo hoy lo que ya había escrito ayer; pero que consignaba en ella apreciaciones maravillosas para una demente, en términos que él se proponía entresacarlas y publicar en breve lo que Elvira redactaba en los días más tranquilos, y titular el libro *La novela de una loca.*



– ¿De veras?, exclamó Sofía echándole los brazos al cuello

El director aseguraba que sería una obra muy interesante.

– ¿Y no se enfurece nunca?, preguntó Sofía.

– No; pero se enfada y se pone muy agitada cuando oye pronunciar la palabra *muerta:* entonces grita: «¿Quién ha dicho que ha muerto? Son unos embusteros, unos imbéciles; mi hija vive, se ha casado, y está en Alemania, muy lejos, y ya es sabido que cuando las hijas se casan no nos pertenecen;» y continúa así algún tiempo. Ahora que lo sabemos, hacemos lo posible por no pronunciar esa palabra en su presencia.

– ¡Infeliz!, exclamó Sofía.

– Todo lo contrario, dijo el director; ahora es feliz y no causa lástima.

– Es verdad, contestó Sofía; nunca la había visto tan contenta como ahora; vive en un mundo ideal y no tiene disgustos ni molestias. Ahora, añadió volviéndose á su marido, para terminar bien nuestra peregrinación, quisiera saber que Berletti había sido castigado por todo lo que ha hecho sufrir á esa pobre mujer.

– Lo siento mucho, pero no tendrás esa satisfacción, contestó Alberto. Precisamente he hablado de él con la condesa Bice, y me ha dicho que sus negocios van viento en popa y que disfruta de cierta consideración como empresario. Ha procurado aprovecharse de la desgracia de su mujer para desempeñar el papel de víctima ante las *primas donnas* más en candelero, que lo prefieren á los demás empresarios porque el pobrecillo tiene tanta necesidad de consuelo... es tan desgraciado por tener á su mujer en un manicomio... y, en igualdad de condiciones, se escrituran siempre con Berletti por compasión. De suerte que contando con muchas celebridades teatrales ha podido obtener las empresas de los principales teatros y vive feliz y contento.

– ¡Cuántas injusticias hay en este mundo!, dijo Sofía malhumorada.

– Por eso sin duda llámasele con propiedad *valle de lágrimas*, pues cada injusticia es seguramente origen de continuos y amargos llantos, dijo Alberto con tono sentencioso y deseando poner fin á tan triste conversación.

Sofía quedóse pensativa durante algunos instantes, reflexionando detenidamente las palabras que acababa de dirigirle su esposo; y apoyando cuanto acababa de oirle, exclamó:

– ¡Efectivamente! ¡Cuán corta se desliza la vida en medio del bienestar y de los placeres, y cuán largos son los días del dolor y de la desgracia! Pero si ante los eventuales contratiempos é imprevistas vicisitudes que amargan la vida cabe oponer el dulce lenitivo de una santa conformidad, no sucede así cuando las desgracias que sufren seres inocentes como Elvira y su hija son ocasionadas por seres tan malvados como Berletti. Subleva el ánimo más débil pensar que el culpable ha de vivir tranquilo en medio de una sociedad escogida, siendo objeto de atenciones y preferencias y gozando con impunidad irritante toda clase de placeres y comodidades, mientras sus inocentes víctimas no disfrutan por culpa suya la madre de libertad y la hija ni aun de la vida. No acierto á comprender, Alberto mío, que mi respetable institutriz Elvira y mi querida amiga Laura hayan sido sacrificadas tan villanamente por ese miserable Berletti sin que encuentre el condigno castigo. ¡Oh! Lo encontrará y tan tremendo como merecido.

Y al decir esto Sofía se irritaba demasiado, y Alberto creyó necesario interrumpir bruscamente los apasionados arranques de su esposa, hablándole de la quinta que había sido teatro donde se desarrollaran tan trágicas escenas á la vez que nido de sus primeros amores. Pero mayor fué aún la tristeza y desaliento de la virtuosa joven cuando supo que aquella quinta se había vendido.

– Hasta ahora confiaba en que no la compraría nadie, dijo saltándosele las lágrimas: ¿quién irá ahora á vivir en ella?

– ¿Y si fuésemos nosotros?, le preguntó Alberto.

– ¿Tienes ganas de bromas? ¿También tú me quieres enfadar?

– ¿Y si te dijese que se la he comprado á tu padre para regalártela?

– ¿De veras?, exclamó Sofía echándole los brazos al cuello.

Y para tomar posesión de ella, fueron á pasar su luna de miel á aquella quinta, prometiéndose volver todos los años en verano, siempre más felices y más enamorados uno de otro.

Traducido del italiano por M. Aranda

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN PARÍS

La *Compañía de tranvías de París y del departamento del Sena* ha adoptado los tranvías eléctricos



Fig. 1. Tranvía eléctrico en París. Vista tomada en la plaza de Clichy (de una fotografía instantánea)

que ya funcionan en la capital de Francia y acerca de los cuales vamos á exponer algunos datos.

El sistema escogido para los vehículos que hace algunos meses prestan servicio en la línea de la Magdalena á Saint-Denis, es el de acumuladores. Los co-

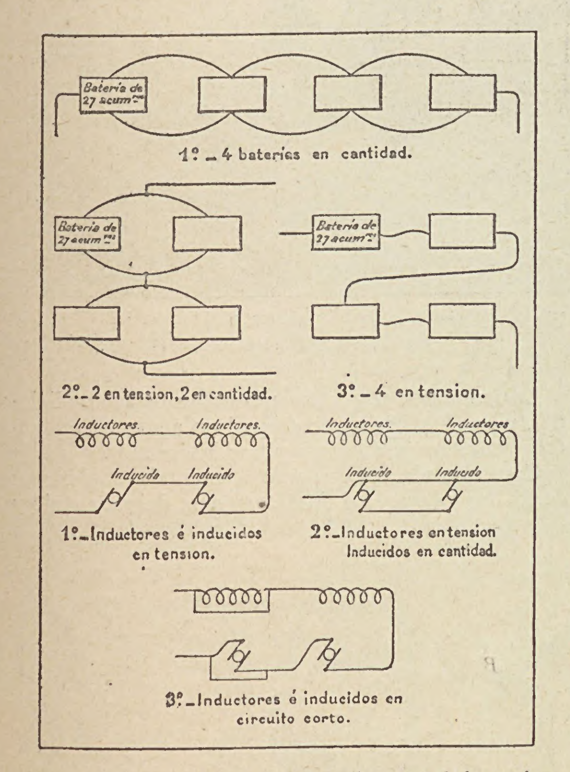


Fig. 2. Diversos sistemas de acoplar los acumuladores y los motores según los regímenes de marcha

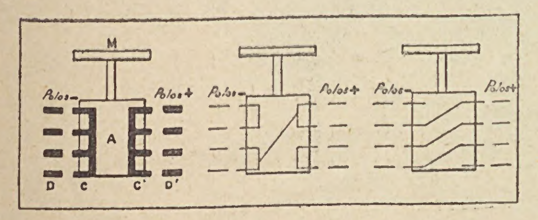


Fig. 3. Aparato para acoplar los acumuladores

ches son de 56 asientos, tienen imperial cubierto y poseen todas las comodidades de los tranvías ordinarios. La fig. 1 representa la delantera de un tranvía en la plaza de Clichy.

Los tranvías eléctricos que funcionan por medio de canalizaciones subterráneas ó aéreas con las cuales están en comunicación durante todo el trayecto los coches en marcha habrían presentado en París grandes inconvenientes; por esto la citada compañía no ha vacilado en adoptar el sistema de acumuladores, que hace independiente al vehículo mientras anda.

La actual instalación puede dividirse desde el punto de vista eléctrico en tres partes: la estación central para la carga de los acumuladores, los motores que ponen en movimiento los vehículos y los aparatos que permiten el funcionamiento del sistema.

La estación central para la carga de acumuladores está establecida en Saint-Denis. Tres calderas que funcionan á la presión de 6 kilogramos por centímetro cuadrado surten de vapor á dos máquinas horizontales Lecouteux y Garnier, tipo Corliss, con condensador en tandem, que desarrollan una fuerza de 125 caballos á 75 vueltas por minuto. Estas máquinas obran sobre una transmisión intermediaria que pone en movimiento dos dinamos Desroziers de 60 kilowats (260 volts y 230 amperes) á la velocidad angular de 600 vueltas por minuto. Un apareamiento especial por medio de discos permite hacer funcionar una dinamo cualquiera por una de las dos máquinas motrices, quedando la otra en reposo. Al lado de estas dos máquinas horizontales hay una tercera del mismo tipo, pero que da 180 vueltas por minuto y que gobierna otra dinamo: esta máquina sirve de reserva en caso de accidente. Los cables de cada dinamo están reunidos en un mismo cuadro de distribución: cada circuito lleva un disyuntor, un interruptor, cortacircuitos fusibles y un amperémetro especial. De allí arrancan circuitos separados con amperémetros especiales para la carga de los acumuladores. Gracias á estas disposiciones puede conocerse á cada momento la potencia gastada para la carga de cada batería.

Los acumuladores empleados son del tipo Laurent-Cely, han sido construídos por la *Sociedad anónima para el trabajo eléctrico de los metales* en la fábrica de Saint-Ouen-les-Docks, y constan de once planchas de plomo de 200 milímetros por 200 milímetros, ó sea una superficie activa total de placas positivas de 40 centímetros cuadrados. Las dimensiones exteriores de cada acumulador son de 37 centímetros de altura por 37 de longitud y 23 de anchura. Al régimen normal la carga debe ser de 17'6 amperes y al régimen máximo de 35'2 amperes: en las mismas condiciones el régimen de descarga es de 26'4 y 52'8 amperes. La capacidad útil es de 264 amperes-hora al régimen normal y de 158 al régimen máximo. Los acumuladores están colocados en cajas de madera portátiles para facilitar la carga y descarga: cada caja contiene nueve acumuladores, y tres cajas forman una batería. Contactos exteriores permiten establecer la comunicación por simple presión. En cada coche hay cuatro baterías de tres cajas, ó sea $4 \times 3 \times 9 = 108$ elementos: estas baterías colocadas debajo de los asientos se introducen en el vehículo desde el exterior levantando las paredes de éste.

En cada tranvía hay adaptadas dos dinamos Manchester, bien de inducido Siemens, bien de inducido Gramme, excitadas en serie y que gobiernan por medio de engranajes las ruedas del vehículo. Los motores eléctricos toman 200 volts y 50 amperes á la velocidad angular de 130 vueltas por minuto: el engranaje reduce el nombre de vueltas á la dozava parte ó sea á 108 vueltas por minuto.

Veamos ahora cómo se efectúan las diversas marchas, lenta, rápida y media. En París los tranvías deben tener velocidades variables según el tránsito y además se les imponen máximos de 12 kilómetros por hora en París y de 16 fuera del recinto fortificado. Todas estas variaciones de velocidad se obtienen por medio de acoplamientos de acumuladores y de motores entre sí. Estos acoplamientos se efectúan lo más cómodamente posible por medio de conmutadores dispuestos á este efecto: el conductor no tiene más que darles vuelta en un sentido ú otro, indicando varios rótulos las maniobras que hay que hacer según los casos. Tres pares de acumuladores corresponden al desamarre, á la velocidad máxima y á la mínima. Para el desamarre, las cuatro baterías de 27 acumuladores están pareadas en cantidad como representa el esquema de la fig. 2, siendo entonces la diferencia de potencial útil de 25 volts; para la velocidad máxima hay dos baterías montadas en tensión y dos en cantidad, y finalmente, para la pequeña velocidad ó marcha ordinaria las cuatro baterías están pareadas en tensión. Para este último régimen los inductores y los inducidos de los motores están en tensión; los inducidos van pareados en intensidad y los inductores en tensión para los desamarres y para la velocidad máxima. También ha sido preciso prever el caso en que por una razón ú otra se inutilice, y para cuando esto sucede hay unos aparatos que permiten establecer circuitos cortos sobre el inductor y el inducido. Con el objeto de fijar cempletamente las ideas, damos en la fig. 3 el diagrama del aparato para acoplar los acumuladores: se compone de un tambor A movido por un manubrio exterior M y lleva contactos de cobre C y C' pareados, sea en cantidad, sea por 2 en tensión, 2 en cantidad, sea 4 en tensión, como representan los esquemas. Estos contactos de cobre se mueven delante de pilones D y D', á los cuales van á parar los extremos de los conductores de las diversas baterías de acumuladores: con una sencilla maniobra del manubrio se obtienen los acoplamientos necesarios.

Tales son las principales disposiciones adoptadas en los tranvías eléctricos de París. Añadamos únicamente que los vehículos van provistos de frenos Lemoine, que varios conmutadores permiten obtener la marcha hacia atrás y que se utilizan varios artificios para evitar que las rupturas de corrientes produzcan chispas demasiado fuertes.

J. LAFARGUE

* * *

FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

POR MEDIO DEL OBTURADOR DE PLACA

Las fotografías de caballos que reproducimos han sido obtenidas por el vizconde Pontón d'Amecourt, que las ha remitido al periódico científico de donde las tomamos. Ese hábil fotógrafo aficionado tiene la suerte de contar con la cooperación de un jinete sin rival, el capitán J. B. Dumas, autor de *La equitación diagonal*, y si los instantáneos que ejecuta son intere-

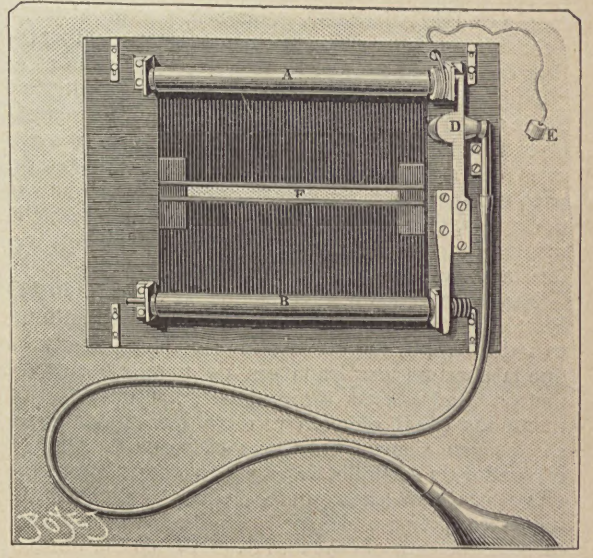


Fig. 1. Obturador de placa que sirve para obtener las fotografías reproducidas en la página siguiente

santes para el fotógrafo, quizás lo son más aún para el *sportsmen*, pues su perfección es tal, desde el punto de vista de los detalles, que se distingue el trabajo

Fig. 2. Salto de un caballo con su jinete á una altura de 1'45 metros (de una fotografía instantánea)

de los músculos en cada ejercicio que practica el caballo. La limpieza de las pruebas, que no han sido retocadas por el grabador y que reproducimos en su mismo tamaño, es poco menos que absoluta (figs. 2 y 3), á pesar de la velocidad del animal, que da un salto de 1'50 metros de altura, y del diminuto tamaño de la imagen. Las figuras 4 y 5 reproducen un ejercicio de alta escuela, ó sean los dos tiempos de la cabriola, ó salto y coz.

Para obtener estos resultados M. de Pontón d' Amecourt, después de haber ensayado otros muchos obturadores, ha escogido definitivamente el obturador de placa representado en la fig. 1: este aparato no se monta sobre el objetivo, sino que se coloca en la parte posterior de la cámara inmediatamente delante de la superficie sensible; desde hace algunos años ha sido aplicado á una cámara de mano de construcción alemana, y en Francia se presentó el año pasado á la *Sociedad de fotografía* un modelo análogo con el nombre de marco-obturador. El obturador de que se ha servido el autor de las pruebas que reproducimos se adapta á la parte posterior de la cámara y ha sido expresamente construído para él por M. Bellieni, de Nancy. Antes de discutir su valor creemos conveniente explicar la construcción de este aparato que, como puede verse en la fig. 1, se parece á una cortinilla de coche.

Consta de una cortina de tela delgada y que no deja paso á la luz, cuyos extremos van fijados en dos cilindros A y B: en su centro hay un corte F, de la misma longitud que la placa fotográfica y de una anchura variable según el tiempo de exposición que se desee. El cilindro B está movido por un resorte que se monta por medio de una llave y se suelta por medio de una palanca D, gobernada por un sistema neumático; una cuerdecita E, que se puede maniobrar desde el exterior, sirve para arrollar el cilindro A y tiene además por objeto detenerlo cuando llega al fin de su movimiento después que el corte F ha recorrido toda la longitud de la placa: la potencia del resorte es tal, que sin esta precaución la cortina resistiría muy poco tiempo y sería arrancado el cilindro en que está clavada. Con esta explicación se comprende fácilmente el funcionamiento del aparato; de aquí que no insistamos en dar más detalles.

Para obtener los resultados que ha conseguido M. Pontón se ha servido de un objetivo de 25 centímetros de foco, diafragmado al 1 6 ó al 1/8, es decir, que la abertura empleada era de unos 3 ó 4 centímetros. Dadas estas dimensiones, los obturadores montados en el objetivo resultan incómodos y sus efectos son siempre inferiores á los que produce el obturador de cortinilla de que nos ocupamos y gracias al cual para cada punto de la placa, en el momento en que pasa el corte F, el objetivo trabaja con toda su abertura: el producto es casi igual á la unidad y la duración de la acción total ó el tiempo de exposición depende de la longitud del corte y de la velocidad de la cortina. Si, por ejemplo, el referido corte tiene un milímetro de ancho y se mueve con una velocidad de un metro por segundo, la exposición será de 1/1000 de segundo; pero hay que tener en cuenta que esta exposición de una milésima de segundo se aplicará á cada milímetro longitudinal de placa, de modo que si ésta es de 10 centímetros de altura la exposición sólo habrá sido de una décima de segundo. Por este procedimiento se puede obtener cada punto de la imagen muy claro, pero no todos los puntos de ésta habrán sido impresionados en el mismo momento, es decir, que la imagen será deformada. Esto no ofrece inconveniente alguno en el caso que nos ocupa en que el movimiento de la hendidura del obturador se verifica con una gran velocidad con relación al tamaño de la imagen, velocidad que aún puede ser mayor según el resorte que se utilice; pero en la práctica, para los trabajos ordinarios de aficionados que exigen á menudo exposiciones menos rápidas, creemos que no sería conveniente utilizar este instrumento, pues entonces con pruebas muy limpias resultarían deformaciones de todo punto inadmisibles, como se demuestra por el siguiente ejemplo: supongamos que teniendo el obturador la velocidad que acabamos de indicar queremos fotografiar un buque con su mástil que pasa de través por delante del aparato y á una distancia tal que el mástil ocupa toda la altura de la placa, 9 × 12. Si la imagen

Fig. 3. Otro salto á una altura de 1'50 metros (de una fotografía instantánea)

se mueve en la placa fotográfica con una velocidad igual á la que emplea la hendidura del obturador para moverse desde abajo hasta arriba de la placa sensible, es decir, en el caso que hemos escogido, de una décima de segundo, la parte inferior del mástil quedará fotografiada en un lado de la placa y la punta en el rincón diagonalmente opuesto; lo cual si no perjudicará á la limpieza de la imagen, perjudicará sin duda á la verdad de la misma. Nuestra suposición es de un caso extremo: cierto que en la práctica la deformación será mucho menor y aun casi invisible en algunos casos, como los que nuestros grabados 2 á 5 reproducen, en los que el operador ha calculado hábilmente el tamaño de la imagen con relación á la velocidad de la cortinilla; pero de todos modos resulta, en sentir nuestro, que será preciso aplicar este aparato á casos especialísimos.

G. MARESCHAL

***

UNA ISLA QUE DESAPARECE

A los 43° 24′ de latitud y 60° de longitud Oeste (de Greenwich), casi en la misma latitud en que está situado el gran banco de Terranova, y al Sur de Nueva Escocia, se encuentra la isla de Arena. Como esta isla constituye en aquellos parajes tan frecuentados un escollo temible, hace tiempo que hay en ella un faro. Al decir de la *Gaceta canadiense*, la isla de Arena está á punto de desaparecer y de pasar á la categoría de arrecife submarino, con lo cual aumentaría el peligro que para la navegación entraña. En efecto, no hace mucho tiempo tenía aún una longitud de 64 kilómetros y hoy apenas tiene la mitad. Desde 1880 se han construído allí tres faros: los dos primeros han sido destruídos por las olas y se han hundido en el mar; el tercero está en camino de sujrir la misma suerte pues se halla ya socavado.

(De *La Nature*)

***

UNA EXPLORACIÓN AÉREA DEL ÁFRICA

Los obstáculos sin cuento con que tropiezan los exploradores en el interior de Africa han dado lugar á muchos proyectos. Uno de los más curiosos y no de los menos interesantes es el que acaban de estudiar los viajeros franceses León Dex y Mauricio Dibos, quienes, reconociendo las dificultades que en un país ecuatorial ofrece el recorrerlo á pie por causa del clima y de los habitantes, preconizan la única vía abierta siempre, la vía aérea. Las grandes corrientes de aire que existen en la superficie del globo hacen realizable tan gran empresa á condición de construir un aerostato de estructura especial y de establecer y seguir un método de navegación basado en las épocas y en la regularidad de los alisios y contraalisios que existen en el litoral africano. A la investigación y demostración de estos problemas se consagran los señores Dex y Dibos.

Un aerostato puede recorrer 10.000 kilómetros: para que su viaje sea posible y práctico es preciso que las regiones que ha de atravesar tengan las condiciones siguientes: 1.°, vientos reinantes muy caracterizados que soplen durante uno ó dos meses; 2.°, una naturaleza del suelo ó de la vegetación que permita el fácil anclaje del aerostato; 3.°, condiciones climatológicas tales que el aerostato no esté expuesto á experimentar sobrecargas (de nieve, de escarcha, etcétera).



Fig. 4. La *pasada*, primer tiempo de la *cabriola ó salto y coz* (de una fotografía instantánea)

Las regiones tropicales presentan estas condiciones, y en el Africa septentrional un aerostato no tendría que atravesar más de 7.000 kilómetros.

Como los vientos que más á menudo soplan van desde las playas del Mediterráneo, del mar Rojo y



Fig. 5. Segundo tiempo de la *cabriola* (de una fotografía instantánea)

del Océano Indico hacia el interior, en estas direcciones deberían emprenderse preferentemente los viajes, aprovechando los aeronautas estas corrientes.

Entre los itinerarios trazados por los autores de este estudio, dos conciernen á las regiones sometidas á la influencia francesa; uno arrancaría del golfo de Gabés y utilizaría las corrientes que empujan hacia Ghadamés, el Ahaggar y el anillo del Niger para llegar á este río y remontarlo hasta el Senegal; el otro, partiendo del golfo de la Sirte, atravesaría el Tezán, el Air, la región del Tchad, llegaría al Niger el Say y terminaría en las costas del Marfil ó de Liberia. El primer viaje exigiría 20 días, el segundo 40.

Por muy quiméricos que parezcan á primera vista estos viajes, nada tienen de irrealizable, y es muy de desear que los Sres. Dex y Dibos puedan intentar el experimento.

(De la *Gazette Geographique*)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

LA ESPAÑA MODERNA. – Los dos últimos números de esta importante revista contienen notables artículos de Turguenef, Tolstoy, Ibsen, Verga, Daudet, Maupassant, Sully Prudhome, Caro, Sofía Gay, Laverde Amaya, Ricardo Palma, Flores, Barrantes, Fernández Duro, Castelar y Villegas. *La España Moderna* envía gratis un tomo de muestra á quien lo pida por escrito al administrador de la misma, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA. – El último número de esta importante revista contiene, entre otros notables estudios, *Los salvajes y el derecho político*, por Adolfo Posada; *El delito colectivo*, por doña Concepción Arenal; *El duelo*, por Tarde, y *La pena de muerte*, por Carnevale. Suscríbese á esta revista mensual, que cuesta 12 pesetas al año, en la Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid.

MANUAL DE GINECOLOGÍA OPERATORIA, por el *Dr. F. Vidal Solares*. – El justo renombre que ha adquirido en su larga práctica el Dr. Vidal Solares, y los títulos facultativos y honoríficos que posee son la mejor recomendación de este libro, en donde con claro y científico método se explican todas las operaciones quirúrgicas que con la ginecología se relacionan. La prensa profesional ha hecho grandes elogios de la obra del Sr. Vidal Solares, que consideramos indispensable á cuantos á aquella especialidad médica se dedican. El libro, ilustrado con profusión de grabados y elegantemente encuadernado, véndese en Barcelona en la librería de E. Puig, Plaza Nueva, 5, y en Madrid en la *Revista de Medicina y Cirugía práctica*, Pizarro, 13.

ODA EN HONOR DEL ILMO. Y RMO. FRAY ANTONIO ALCALDE. – Oda escrita en latín por el Sr. Canónigo Doctoral de Guadalajara (México) Dr. D. Felipe de la Roca y traducida en verso castellano por el Lic. Agustín G. Navarro, en la que se ensalzan, con motivo del primer centenario de su muerte, los méritos y las virtudes de fray Antonio Alcalde, obispo que fué del Yucatán y benemérito de la patria y de la república. Ha sido impresa en Guadalajara en la imprenta y litografía de Ancira y hermano.



EL GENERAL D. CARLOS EZETA, presidente de la República de El Salvador

EL DERECHO DE VIUDEDAD ANTE EL CÓDIGO CIVIL Y LAS LEGISLACIONES FORALES EN SUS RELACIONES CON EL RÉGIMEN DOTAL Y LA COMUNIDAD DE BIENES FAMILIARES, por *D. León Bonel y Sánchez*. – Sobre este tema jurídico, tan interesante por muchos conceptos, pronunció el ilustrado magistrado de esta Audiencia D. León Bonel y Sánchez en la sesión inaugural que en 29 de octubre de este año celebró la Academia de Derecho de esta ciudad, de la que es dignísimo presidente, un hermoso discurso lleno de doctrina, profundamente pensado y gallardamente escrito, que ha sido impreso por la citada corporación y que no vacilamos en recomendar á los que por la ciencia jurídica se interesan.

HISTORIA NACIONAL, por *D. José Toribio Polo*. – En un folleto ha reunido el distinguido escritor peruano Sr. Polo los artículos que en *El Comercio*, de Lima, publicó haciendo la crítica del importante *Diccionario histórico biográfico del Perú*, por el general Mendiburu, al que tributa grandes elogios, y señalando algunas omisiones y errores del mismo. Es un trabajo de erudición concienzudamente hecho. El folleto ha sido impreso en Lima, en la imprenta de *El Comercio*, tercera cuadra de Ayacucho, núm. 44.

EL NATURALISMO EN EL TEATRO, por *Emilio Zola*. – Conocido el talento del famoso novelista francés y dado el interés de actualidad que tiene el tema de esta obra huelgan todos los elogios que pudiéramos hacer, así del asunto del libro, como del modo que lo desarrolla su autor; pudiendo asegurar que en nada desmerece el valioso mérito que encierra esta obra, comparada con cualquiera otra del mismo autor. Se vende en las principales librerías á tres pesetas.

WLANDINA LETZINSKA, por *D. Manuel Lorenzo d' Ayot*. – Interesante poema en prosa cuya acción se supone en España y en la Edad media. Forma el primer tomo de una biblioteca titulada *La reforma literaria*, fundada en esta ciudad por el autor de *Wlandina Letzinska*, y se vende al precio de dos reales.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN